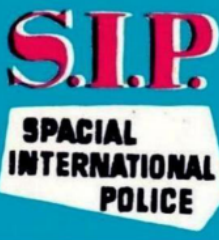


58

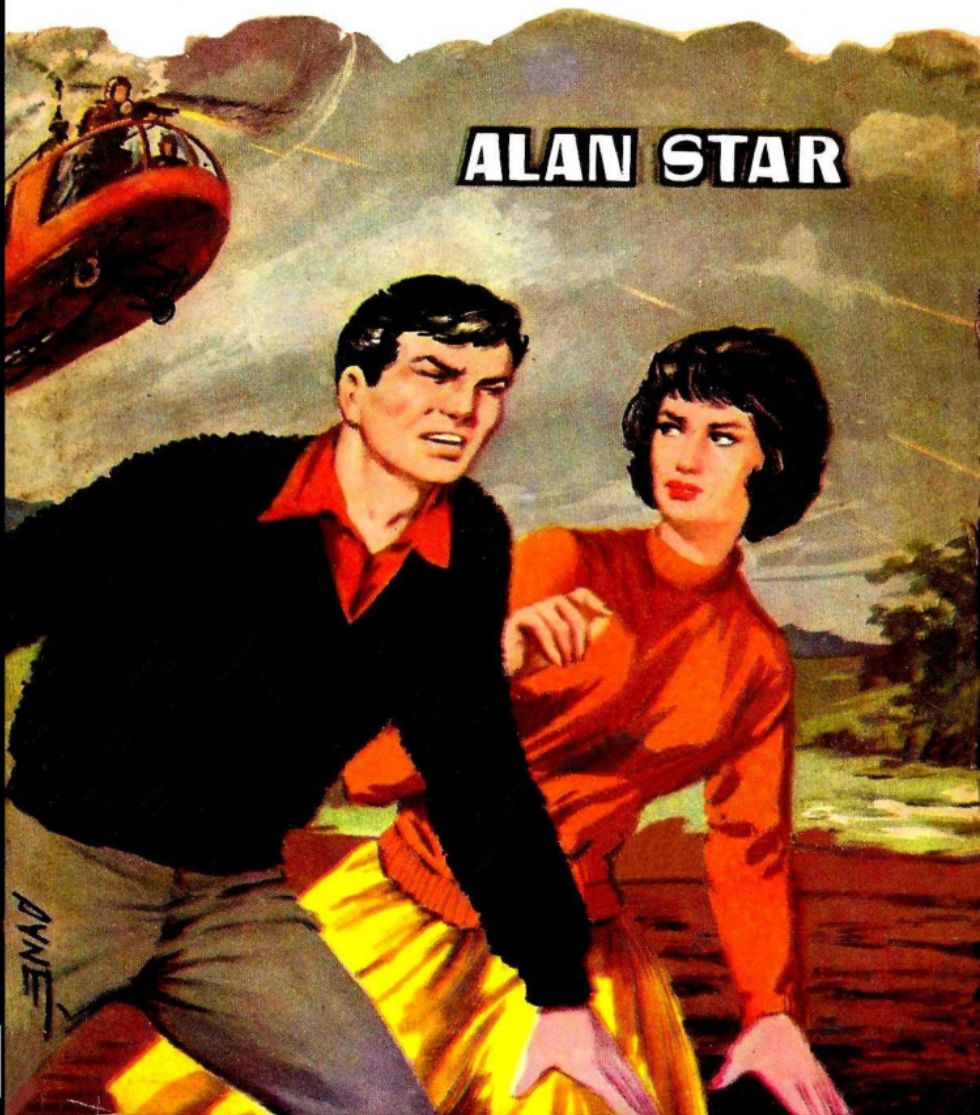
TRÁFICO INHUMANO

ALAN STAR



TRÁFICO INHUMANO

ALAN STAR



SIP

TRÁFICO INHUMANO



Tráfico inhumano

Por

W. Sampas



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

© Ediciones Toray, S. A. — 1960

Depósito legal B. 16.140 - 1960

Número de Registro: 6.210 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO



NAKUDA le temblaban las manos.

Enfundado en su traje protector contra radiaciones, parecía un monstruo enorme, todo en blanco, con la placa de plástico transparente que cubría su rostro.

El largo extractor electrónico, que sujetaba con sus manos enguantadas, se hundía en la tierra, excavando gran cantidad de arena y piedra, dejando al aire libre las parduzcas rocas que encerraban, en sus entrañas, el tesoro del uranio.

Le temblaban aquellas manos que jamás lo hicieron. Porque Nakuda era uno de los «extractores» más cotizados y su trabajo pertenecía al calificado como de primera calidad.

Pero aquel temblor, que debía haber sido de gozo, como el de cualquier mortal que espera un descendiente, tenía por el contrario, hondas raíces de miedo, trasfondo de temor y angustia.

Estaba terminando la jornada y Nakuda esperaba el momento en que sonase la sirena, con verdadera ansiedad. Por encima de la abertura gigantesca de la mina, a cielo abierto, el firmamento nuboso de Venus ofrecía el aspecto de un telón de gas que se moviese rapidísimamente hacia el este. Y al borde de la fosa, a lo lejos, en los límites de la mina, los seculares árboles del planeta levantaban sus pesadas ramas, cargadas de hojas en gran cantidad, muestra de la exuberante vegetación venusina.

No lejos de donde el joven japonés trabajaba, sus compañeros, extractores y seleccionadores, prospectores y calibradores, todos ellos hermanos de raza, trabajaban inclinados sobre la tierra parda, pendientes del manejo de sus complejas herramientas de trabajo.

Nakuda hacía lo imposible para dejar de pensar en algo que se había convertido en una natural obsesión. Por eso, evitando sus ideas, lograba, de vez en cuando, dominarse, aplicando toda una testaruda y forzada atención a su labor.

Pero, pasando por entre las fisuras de su conciencia, los pensamientos volvían a él, hundiéndole el aguijón de la angustia en lo más hondo del espíritu.

Cuando la sirena dejó oír su alargado lamento, instantes más tarde, el joven apretó la palanca que detenía la marcha del «extractor», dejando las palancas-guías en el suelo y dirigiéndose, junto con los demás, hacia la salida de la mina.

Algunos compañeros le miraron, mientras avanzaban por entre máquinas diversas, pero nadie le dijo nada, ya que el capuchón les impedía comunicarse entre sí.

Una vez pasada la alambrada de protección, atravesaron una ancha faja de terreno pintado de amarillo, color de precaución. Después, tras pasar por uno de los portalones que se abrían en un alto muro, penetraron en las duchas antirradiativas, dejando que un líquido limpiador quitase de sus trajes especiales el polvo peligroso que seis horas de estancia en la mina había puesto.

Una vez desembarazado del traje, Nakuda, con sus compañeros, pasaron por un largo pasillo, cuajado de detectores y contadores Geiger, que determinaron que ninguno de ellos había sufrido la influencia radiactiva.

Después pasaron a la sala común.

Fue sólo entonces cuando un grupo de jóvenes se acercaron a Nakuda, golpeando amistosamente sus anchas espaldas.

—¡No pongas esa cara, amigo! —exclamó uno.

—¡Eso! ¡Eso! —dijo otro—. ¡Vas a ser padre y no tienes que tomarlo así!

Pero tanto Nakuda como ellos sabían que todo aquello no eran más que palabras, cosas que hay que decir, pero que la mayoría de las veces, y sobre todo en aquella ocasión, sonaban en falso.

Unos viejos empleados penetraron empujando carritos, cargados con recipientes que contenían una lactosa especial para neutralizar la acción de las partículas radiactivas, que hubieran podido escapar al control anterior.

Los mineros tomaron grandes vasos, llevándoselos a los labios para beberlos con un gesto de agrado.

Nakuda no pudo más.

Lanzó su vaso al suelo, haciéndolo añicos.

—¡Basta! —gritó—. Nos cuidan como niños, nos hacen ver que nuestra salud les preocupa más que todo; pero ¿queréis decirme por qué nos estamos convirtiendo en un grupo de malditos?

Los otros le miraban, en silencio.

Y Nakuda, con el rostro descompuesto y los puños cerrados, añadió:

—Llevamos cinco años aquí y somos más de seis mil. Decidme, ¿cuántos hijos nuestros han nacido vivos desde entonces? ¿No lo sabéis, eh? ¡Yo sí. He repasado las estadísticas de los pequeños y sé que un ochenta y tres por ciento nacen muertos.

Nadie osaba decir nada.

Porque las palabras de Nakuda encerraban una verdad que ninguno de ellos podía ignorar. La verdad de que los hijos de los mineros nacían muertos, en su inmensa mayoría, sin que nadie se explicase por qué, aunque a todas luces, parecía que la responsabilidad de aquella mortandad dependía exclusivamente de las radiaciones.

La colonia donde vivían las familias de los mineros estaba situada a doscientas millas de la mina, pero ni siquiera aquella respetable distancia podía frenar a las malditas partículas de rayos «gamma».

—Yo espero un hijo —dijo aún Nakuda—. Lo espero de un momento a otro. Y en vez de estar contento, como la mayor parte de los mortales, esperando convertirme en padre... ¡estoy temblando de miedo! Porque tengo una gran cantidad de probabilidades de recibir de mi esposa un cadáver, como a tantos de vosotros os ha ocurrido...

Hubo uno que se acercó.

—No debes hablar así, Nakuda, amigo mío. La Compañía hace lo imposible por evitar todo eso. Ya ves que nos cuidan, como tú has dicho, que se preocupan de nosotros y que no dejan salir de aquí a alguien del que sospechen la menor dosis de radiactividad.

Nakuda miró, con los ojos brillantes, al que había hablado.

—¡Tú no tienes derecho a decir nada, Ishima! Tú tuviste la suerte de que tu hijo naciese vivo... ¿Por qué? Trabajas en la zona exterior, eso es todo. Lo que quiere decir que no recibes, la carga radiactiva que nosotros soportamos seis horas por día.

—Yo creo...

—¡Cállate! Yo hablo por los demás. Y voy a decirte algo: si tuviera la suerte de que mi pequeño naciese vivo, protestaría de la misma manera. Porque no dejaría de pensar en la tristeza que hay en la mayoría de nuestros hogares. Parejas que llevan aquí cinco años y tienen ya, en el cementerio de la Colonia, dos o tres tumbas cada una, por lo menos.

El otro se alejó, sin encontrar argumento que pudiera detener o aplacar la rabia que consumía a Nakuda.

Había llegado el momento de abandonar la mina y fueron saliendo, montando en los cómodos autobuses que les transportarían hasta la Colonia.

Sentado en su asiento, el joven japonés encendió un cigarrillo, entornando sus oblicuos ojos, sin dejar de pensar en que «Flor de la Mañana», a la que vería dentro de poco en el hospital, estaría sufriendo tanto o más que él, pensando en la terrible posibilidad, que ya era, por desgracia una costumbre de las madres japonesas.

Cuando llegó a la Colonia, Nakuda no se molestó en ir a su casa, sino que se dirigió hacia el helicobús que iba a llevarle a la ciudad, donde estaba situado el Hospital.

Ni siquiera se cambió de ropa.

Estaba impaciente y contó los pocos minutos que tardó el vehículo en posarse sobre la terraza del flamante edificio del Hospital.

Al descender del helicobús, Nakuda se dijo que gracias a aquella buena gente que había montado el Hospital una ínfima parte de los niños japoneses de la colonia nacían vivos. Él sabía que el personal científico de aquel Centro Sanitario trabajaba arduamente para conseguir que la mortalidad disminuyese. Y, sobre todo, la valiente doctora Wideman, que se multiplicaba sin descanso, atendiendo a todas las mujeres que llegaban y haciendo lo imposible por calmar el dolor inmenso que les producía la muerte de sus pequeños.

Penetró en el edificio. Uno de los ascensores le dejó, instantes después, en la planta once, donde estaba la habitación de su joven esposa.

La puerta del ascensor se abrió, dejándolo en un vasto vestíbulo, con un pequeño despacho en un ángulo, donde escribía una linda enfermera.

Dirigióse hacia allá y ella le sonrió, diciéndole, cuando estuvo junto a su mesa.

—¡Buenas tardes, señor Nakuda!

El japonés contestó:

—Buenas tardes, señorita. ¿Hay noticias?

—Creo que podemos esperarlas de un momento a otro.

—¿Eh? —la voz se ahogó en el fondo de su garganta—. ¿Quiere usted decir que...?

—Eso es, amigo mío. La doctora Wideman está ahora con su esposa... esperemos que todo vaya bien.

Nakuda no dijo nada.

Se mordió los labios, mirando a la muchacha, pensando que aquella linda criatura sería madre un día y que no tendría el miedo que él incubaba ahora.

—¿Por qué no pasa usted al saloncito, señor Nakuda? Allí estará mejor.

Él comprendió que la enfermera estaba sufriendo de verle allí, de leer en sus ojos la angustia que le quemaba por dentro.

Y esbozando una sonrisa que sólo Dios supo cuánto le costó llevar a sus labios dijo:

—Tiene usted razón, señorita. Voy al saloncito.

Se dirigió hacia la puerta, penetrando en una diminuta y agradable estancia, dejándose caer en uno de los cómodos sillones y encendiendo, seguidamente, un cigarrillo.

El silencio y la paz eran completos.

Nakuda se permitió soñar unos instantes. Había trabajado algunas horas extraordinarias, mientras su esposa estaba en la clínica. Y compró con el dinero ganado una habitación completa para el pequeño que iba a venir.

Sabía que todo aquello podía significar pérdida de tiempo, o un lamentable engaño que se hacía a sí mismo. Pero la verdad es que no pudo resistir la tentación. Un día de los que vino a la ciudad para visitar a su mujer, vio en el escaparate de una tienda aquel nido maravilloso para un recién nacido.

También había visto a los niños de los blancos y de muchos japoneses que vivían en la City. Vio a las jóvenes madres, empujando los cochecitos de sus hijos, orgullosas y satisfechas.

¿Por qué no podían serlo ellos también?

¿Qué horrible maldición había caído sobre la Colonia?

Y lo peor de todo era aquel contrato que habían firmado por ocho años, seguros de poder reunir una importante cantidad de dinero en aquel lapso de tiempo, para después poder montar un pequeño negocio en cualquier parte y vivir tranquilamente el resto de sus vidas.

No podían quejarse del sueldo que les pagaban, ya que era verdaderamente importante. Pero ¿qué significaba el dinero si la maldición caía sobre los bebés, de aquella forma?

Volvió a fumar, intentando no controlar el lentísimo paso del tiempo, esperando, sin saber por qué, que el milagro se dignaría caer sobre él, bendiciendo todo el amor que sentía por su joven esposa.

Llevaban un año casados y él la había conocido en una función que un grupo de artistas japonesas, procedentes de Tokio, había dado en la Colonia, para los mineros.

Se habían enamorado, el uno del otro, nada más verse. Y ella abandonó el teatro para convertirse en su esposa. Al recordar toda la felicidad que la muchacha le había procurado, Nakuda se sintió inundado de agradecimiento.

Y rogó para que ella, al menos, no viera fallidas sus esperanzas.

Fue entonces cuando la puerta se abrió, apareciendo en el dintel la enfermera del vestíbulo.

—La doctora Wideman le llama, señor.

Él intentó leer en el rostro de la joven, pero nada consiguió.

Salió, precedido por la enfermera, que le llevó, pasillo adelante, hasta el fondo, donde había una puerta a la que la joven llamó.

—¡Adelante!

La enfermera se hizo a un lado.

—Pase usted, por favor.

Nakuda obedeció.

El despacho de la doctora Wideman era amplio, limpio, con las paredes cubiertas de estanterías con libros, que llegaban hasta el techo.

La doctora estaba de pie, tras su despacho.

Era una mujer alta, de cabellos negros y ojos grandes y de mirada profunda. Llevaba unas gafas montadas al aire, que en nada medraban la belleza de sus ojos rasgados. Por lo demás, su blusa blanca, un tres cuartos, no disimulaba en absoluto la esbelta silueta de un cuerpo joven y en cierto modo

agresivo.

Su boca estaba perfectamente dibujada, bajo una nariz un tanto respingona. El color de su piel era bronceado y respiraba salud por todas partes.

Una sonrisa simpática, abierta, condescendiente, ornaba su boca.

—Pase, señor Nakuda.

Él lo hizo, notando que las manos le temblaban y que las piernas parecían negarse a sostenerle sobre el suelo.

No se atrevió a decir nada, esperando que ella rompiese el silencio que se hizo en el despacho.

—Lo lamento, amigo mío...

Daba la impresión de que Nakuda esperaba aquellas palabras. No se movió, limitándose a cerrar los puños y a clavarse las uñas en las palmas de las manos, hasta hacerse sangre en ellas.

Respiró profundamente.

Luego dijo:

—¿Puedo... verle?

La mujer asintió.

—Sí... ¿quiere que le acompañe?

—No. ¿Dónde está?

—Planta dos... la puerta gris. Puede entrar empujándola... la dejamos siempre abierta.

—Gracias.

Fue hacia la puerta, pero la voz de ella le detuvo antes de que llegase a alcanzar el pomo con la mano.

—Un momento, señor Nakuda.

Se volvió, mirándola.

—¿Qué? —inquirió.

Ella dudó, temblándole los labios antes de decir:

—Hemos hecho todo lo posible... de veras. ¡No sabe cuánto lo lamento!

—Lo sé, doctora Wideman. Sé todo lo que usted hace por evitarnos estos terribles momentos... es usted muy buena...

—¿No me pregunta cómo está la madre?

—Supongo que bien...

—Sí. Hemos preferido dormir la después de comunicarle la...

—Comprendo. Hasta la vista, doctora.

—Adiós.

Abandonó el despacho, despreciando el ascensor y bajando por la rampa descendente, que le dejó en el piso segundo, frente a un pasillo amplio, en el que se destacaba, por su color gris, la puerta de la que la doctora le había hablado.

Pasó ante otra, abierta, que le permitió ver la antesala de un quirófano, sobre cuyas mesas había instrumentos quirúrgicos de todas clases.

Continuó andando, hasta detenerse ante la puerta gris.

Quieto allí, inmóvil, dudó unos instantes antes de decidirse a empujarla. Pero lo hizo, decidiéndose y penetrando en la habitación. Una sensación de frío le envolvió.

No tuvo que buscar mucho.

El minúsculo cadáver estaba sobre una gran mesa de mármol negro.

Se acercó, poco a poco, contemplando el cuerpecito, su excelente constitución, su rostro un tanto arrugado y sus ojos oblicuos completamente cerrados.

Un dolor agudo le penetró en el pecho.

Aquel era su hijo y hubiese estado orgulloso de él, desde el momento en que llegase a su casa, para convertirle en el dueño de aquella habitación de ensueño que le había comprado días antes.

¡Su hijo!

Ahora no era más que un cuerpecillo frío y sin vida que yacía aquí y que iría, como tantos otros, a aumentar el número de minúsculas tumbas que ya abundaban en el cementerio de la Colonia.

Una rabia atroz le llenó la sangre. Y, de repente, toda la desesperación ancestral cayó sobre él, como un chorro de lava, inundándolo por completo.

Echó una postrer mirada al pequeño cadáver.

Luego salió.

Su rostro había recobrado una serenidad que preconizaba la tormenta fría que se había despertado en su alma.

No dudó ni un instante.

Cruzó el pasillo, penetrando en la antesala del quirófano que había visto antes, al dirigirse a la habitación de la puerta gris.

Deteniéndose ante una mesa, examinó los brillantes instrumentos, eligiendo, después de unos instantes de duda, un gran cuchillo de mango metálico y que relucía con un brillo intenso.

Momentos después, con el arma escondida bajo las ropas, salía del hospital. Anduvo, así, con el rostro impasible, avenida abajo, hasta llegar al centro de la ciudad.

Empezaban a encenderse las luces de los escaparates y la iluminación era, por doquier, resplandeciente. La gente desfilaba por las amplias aceras y el ambiente, en aquella templada estación del año, se prestaba al paseo y la distracción.

Al llegar a World Square, el centro neurálgico de la villa, Nakuda se detuvo, en el sitio más animado de la plaza, sacando el arma y levantándola para que todo el mundo la viese.

—¡Mirad! —gritó, con voz tonante—: ¡Mirad! ¡Soy un minero de la Colonia, uno de esos desdichados cuyos niños mueren al nacer! ¡El mío está allí, ahora, en el hospital, sobre una mesa de mármol!

La gente se había detenido y le miraba horrorizada.

—¡Hace tiempo que ninguno de mis hermanos de raza anula su presencia de la manera que siempre lo hicieron los míos! Pero yo, en protesta a la maldición que cae sobre nosotros, en nombre de todos aquellos que sufrieron antes que yo y que sufrirán después... ¡Ofrezco mi vida en holocausto de todos los niños muertos desde la fundación de la Colonial!

Un policía, que había acudido, atraído por la aglomeración, intentó avanzar hacia el japonés.

Pero no pudo llegar a tiempo.

Nakuda había apoyado el cuchillo en el lado izquierdo de su vientre, hundiéndolo de un golpe hasta la empuñadura. Luego lo hizo correr hacia la derecha.

Una mujer dio un grito antes de desmayarse.

CAPÍTULO II



ONALD CALLOWAN echó una ojeada por la ventana, hacia los edificios que había al otro lado de la calle, deteniéndose para observar los letreros que, en sentido vertical, y repletos de signos incomprensibles, corrían a lo largo de la fachada.

—¿Qué pone ahí? —inquirió, sin volverse.

—Vestid aquí y seréis «hombres elegantes» —repuso el hombre que estaba tras él, junto a la ventana. Callowan sonrió.

—Endiablado lenguaje —dijo—. Verdaderamente difícil.

—Es cierto.

Donald se volvió, mirando al hombre que tenía a su lado.

No era muy alto, y sus anchas espaldas le hacían parecer menos alto aún. Su constitución debía ser de una solidez a toda prueba. Y su rostro oriental era tan cerrado como el de cualquiera de sus hermanos de raza.

—Seguro que te estarás preguntando para qué he venido a Tokio —dijo.

—Espero que usted me lo diga.

—Pues voy a charlar un poco contigo, Iko (1) —se sentó en el sillón que había ante la mesa—. Tú —dijo entonces— eres la persona que puede enterarse de lo que realmente sucede en Venus.

Y tras una pausa:

—Ya sabes que la «Venus Uraniun Company», conocida por sus iniciales: «VUC», explota los riquísimos yacimientos de aquel planeta. Desde el principio, tus compatriotas parecieron decididos a convertirse en mineros de aquella Compañía y así, actualmente, constituyen, sin excepción, el cien por cien de los trabajadores de la VUC.

—Lo sé.

—Tampoco ignoras, porque de ello han hablado con relativa frecuencia los periódicos, de esa desgracia que ocurre con los niños japoneses de la Colonia...

—Sí. La mayoría de ellos mueren al nacer.

—Eso es. Antes de tomar el astrocohetes intercontinental en Washington, he estado en contacto con las autoridades sanitarias del Consejo Mundial. Y me han dicho que, desde el principio del fenómeno, se tomaron todas las medidas pertinentes para paliarlo, sin que nada se haya conseguido. Me hablaron de la maravillosa institución que uno de los consejeros de la Compañía, el señor Elwood Bruce, montó en la City.

Iko preguntó:

—¿No fue él quien fundó el Hospital?

—Así es. Fundó esa estupenda Clínica y puso al frente de ella a una profesora de primera calidad: una de las primeras autoridades de la Obstetricia mundial.

—¿No iba a casarse?

Donald frunció el entrecejo.

Después dijo:

—Sí, parece que se habló de eso hace tiempo. Pero no sé qué relación puede tener ese detalle con lo que estamos hablando.

Iko Namura sonrió.

—No era más que una mera curiosidad, señor.

—Bien. Decíamos que la Clínica está dotada de todos los medios modernos para estudiar e impedir, en lo posible, esa mortalidad infantil. También es verdad que se ha conseguido reducir en un tanto por ciento, pequeño, la muerte de esos pobres niños.

«Pero lo que nos interesa es saber si esta desgracia no está siendo aprovechada o va a serlo, por un movimiento oriental cuya primera manifestación ha sido el «harakiri» de un joven minero en el centro de la City. Ya sabes que está completamente prohibido el «harakiri», bajo cualquier forma y por cualquier motivo.

«Si se permite que esa costumbre bárbara se implante de suevo, dejaremos que las antiguas sectas japonesas vuelvan a renacer, con la cohorte de violencia y asesinatos que llevan siempre consigo.

—Es cierto.

—Por eso quiero que te traslades a Venus y hagas una investigación profunda, en el ambiente de los mineros. El Consejo Mundial se ha sorprendido ante el suicidio de ese joven japonés y teme, con razón, que otras violencias, sigan a ese acto.

—¿No cree en un momento de desesperación, señor?

—No.

—¿Por qué?

—Porque el joven Nakuda hizo de su acto una cuestión pública. Si se hubiera matado en el Hospital, cuando conoció su desgracia, tu tesis sería razonable. Pero no, esperó a estar en el centro de la City, ante muchísimos espectadores, para manifestar que moría en holocausto de los que habían sufrido su pena y de los que aún iban a sufrirla. ¿No crees que está suficientemente claro?

—Sí, lo está.

—¿Cuándo podrás salir?

—Mañana mismo.

—Perfecto. Ya te darás cuenta de que esta misión es delicada y que tendrás que obrar con muchísima cautela.

—Sí.

—Tú que conoces tan bien a los tuyos, procura limar asperezas entre los mineros y evitar que una de esas horribles sectas salga a la luz de nuevo... ¿entendido?

—Sí, señor Callowan.

Donald se puso en pie.

—Hoy mismo —dijo, estrechando la fuerte mano del japonés— salgo para la Central. No olvides de comunicarme todo lo que vaya ocurriendo. Y, sobre todo, avísame si algo imprevisible se presenta.

—Así lo haré.

Callowan abandonó el despacho de la Sección Oriental de la Spacial International Police, conduciendo su coche por las calles del inmenso Tokio.

Mientras, Namura, apoyada su frente en el cristal de la ventana, seguía el juego luminoso de los anuncios de las casas de enfrente. Pero su mente estaba lejos, muy lejos de allí, en el espacio y en el tiempo, junto a un hombre que, arrodillado, hacía que su cuchillo trazase sobre su vientre la trayectoria fatal de la más horrenda de las muertes...

* * *

Atusi se volvió antes de llegar a la puerta, mirando a «Flor de Naranja», su esposa, que estaba quitando los objetos de la minúscula mesa donde habían

terminado de comer.

—Vete a la cama —dijo—. Tardaré un poco.

Ella le miró, con expresión medrosa en sus lindos y almendrados ojos.

—¿Otra... reunión?

—Sí —repuso él, parcamente.

—Ten cuidado, querido.

Una sonrisa de seguridad entreabrió los labios del hombre.

—No temas.

—Está bien.

Salió Atusi de la casa, empezando a andar por la calle bien iluminada. La Colonia era una pequeña ciudad, con todo lo que podía pedirse. Sus casitas, casi iguales, habían sido construidas al estilo oriental, pensando en la idiosincrasia de los que iban a habitarlas. E incluso los nombres de las calles y los letreros públicos, o de las casas comerciales que allí había, estaban redactados en lengua japonesa.

Mientras andaba por la acera, Atusi se decía que los hombres y las mujeres que habitaban la Colonia hubieran podido ser muy felices, en aquel ambiente en que cada uno de ellos había puesto un poco de su propia vida.

Pero la maldición había caído sobre la Colonia y era inútil todo lo que se había hecho.

Se dirigió hacia el fondo de la calle, penetrando en el último edificio, andando por un patio interior hasta detenerse ante una puerta sobre la que golpeó de una manera especial, dando tres golpes rápidos y dos espaciados.

Abrióse una mirilla y alguien preguntó desde dentro:

—¿Contraseña?

—«Harakiri» —repuso el joven.

La puerta se abrió, apareciendo una sala que ya estaba casi llena de hombres, todos ellos sentados sobre esterillas tendidas en el suelo. Una humareda flotaba sobre ellos, procedente de los cigarrillos y pipas, velando la poca luz que dejaba escapar un fanal, con pantalla de colores, suspendido del techo.

Atusi se sumó a los reunidos, dejándose caer sobre una de las esterillas vacías.

—Ya estamos todos —dijo alguien.

Entonces, uno de los presentes, el que estaba precisamente bajo el farol de colorines, se puso en pie.

Era un hombre bajo, de anchas espaldas y cuello de toro. Tenía el cráneo afeitado y debía haber pasado ya la cuarentena, aunque una fuerza, más brutal que juvenil, se hacía patente en su cuerpo.

Miró a su alrededor antes de romper el silencio que al levantarse, se había producido.

—Hermanos —dijo, con voz sonora—: nos hemos reunido aquí para inclinarnos fervorosamente ante el heroico gesto de nuestro hermano Nakuda,

que quiso dar un grito de alarma ante la situación desesperada de la Colonia. Todos conocemos nuestro dolor y sabemos, aunque se ha hecho algo para remediarlo, que la «VUC» no se preocupa, en realidad, más que de la cantidad de uranio bruto que hacemos salir de la tierra...

Hizo una pausa y sus ojos, tremendamente oblicuos, casi dos fisuras sobre su amarillento rostro, miraron a los presentes, con una luz intensa en sus pupilas.

—Salvo la acción de la doctora Wideman, a la que todos nosotros agradecemos lo que ha hecho por nuestras mujeres, el resto de la población de la City y los mandones de la Compañía se preocupan poco o nada por nuestra desesperación.

»Pero han olvidado que nosotros, japoneses, somos los únicos hombres capaces de penetrar en la tierra del veneno radiactivo. Ninguno de ellos, ni con tres trajes protectores, uno encima del otro, se atrevería a pasar de la tierra amarilla, donde empieza el verdadero peligro.

»Ahora bien: si nuestros cuerpos están enfermos ya —y no creo que ninguno de vosotros pueda ser tan estúpido como para negarlo—, puesto que nuestros descendientes mueren por esa misma causa, si estamos condenados a una muerte lenta, cosa que ninguno podemos dudar, si nadie se ha preocupado por defender esta vida nuestra, vamos a demostrarles que sabemos defendernos. Les obligaremos a llevar la Colonia a la Ciudad, cosa a la que siempre se han negado, ya que las mujeres de la City tienen horror de las nuestras, como si su mal fuera contagioso.

«Porque, después de todo, ¿gracias a quién vive la ciudad y se han levantado lujosos edificios y hermosas tiendas y almacenes?

—¡Gracias a nosotros!

—Claro que sí. El negocio del uranio es lo que ha hecho posible el desarrollo de la ciudad, pero sus habitantes, los burócratas, los directores de empresa, los comerciantes, los dueños de establecimientos, de los espectáculos o de los tugurios, no conocen la faja de tierra amarilla y tiemblan sólo al pensar que pudieran encontrarse allí.

«Nunca soportaron el peso del traje «antirrad», que ahoga y oprime durante el trabajo. Jamás temblaron ante la idea de que la radiactividad penetra por las más pequeñas fisuras, envenenando la sangre y haciendo de nosotros seres desgraciados, incapaces de llegar a ser padres normales...

Desafió a los presentes con una mirada repleta de triunfo.

—¡Somos los dueños de la situación! —exclamó, con vehemencia—. ¡Y vamos a demostrarlo!

Luego expuso, detalladamente, el plan que había forjado, siendo calurosamente ovacionado por sus compañeros, que le rodearon cuando terminó de hablar, llevándolo en hombros por las calles desiertas de la Colonia,

Namura llegó a la mañana siguiente a la City. Durante todo el viaje, había reflexionado profundamente sobre la misión que Callowan le acababa de encomendar. Y, desdichadamente, por mucho que intentó ahondar en ella, no consiguió ver la solución que podría dársele, sabiendo, por experiencia, que la lucha, la violencia y el dolor iban a adueñarse de las cosas, si sus compatriotas se lanzaban a la pelea.

Conocía a sus hermanos de raza y sabía cuánto había costado desarraigar de ellos ese afán de formar sociedades secretas, cuando alguna cosa se les oponía.

Generalmente, y lo sabía por experiencia, los japoneses eran gente pacífica, trabajadores acostumbrados al sacrificio, cumplidores como ninguno en la labor que se les confiaba. Pero, al mismo tiempo, eran sencillos y profundamente sensibles a los abusos u olvidos que los demás pudieran cometer hacia ellos.

Estaba clarísimo que la radiactividad había causado la muerte a los recién nacidos. De eso no podía haber la menor duda.

Y, ¿de quién era la responsabilidad?

Según los datos que Callowan le había hecho ver, la «VUC», la poderosa Compañía que extraía el uranio de la tierra de Venus, había tomado todas las medidas necesarias para preservar a los trabajadores de la mina de los efectos nocivos de las radiaciones.

Trajes especiales, detectores ultrasensibles, duchas limpiadoras de corpúsculos «gamma», todo parecía, en fin, haber sido detenidamente estudiado para evitar desgracias.

Y sin embargo...

Cuando la astronave se posó en el inmenso cosmódromo de la City, Iko se percató de que la ciudad era inmensa. Y cuando un taxi le llevó a ella, se dio cuenta de que la riqueza se filtraba por todas partes y que la prosperidad parecía ser el denominador común de la villa.

La gente se movía por las aceras, respirando una brisa sana y limpia. Lujosos vehículos iban y venían por las amplias y bien cuidadas calzadas. A ambos lados de éstas, colosales edificios levantaban su silueta armónica y en la parte baja de cada uno, las tiendas y los modernos almacenes abrían a la curiosidad y admiración de los peatones, escaparates llenos de gracia y lujo.

Todo aquel esplendor debía basarse —pensó el agente de la Spacial International Police— en la seguridad de las minas, puesto que seis mil hombres trabajaban intensamente en ellas y de ellas dependía todo aquello.

Iko tenía que evitar que los japoneses se sublevaran.

Después de tomar, provisionalmente, una habitación en uno de los hoteles del centro, Namura se dijo que debía empezar a trabajar enseguida, pensando que lo mejor era comenzar por una visita al hospital, donde podrían informarle, con conocimiento de causa, acerca del fenómeno que producía la muerte de los hijos de los mineros.

Se cambió de traje, tomando un nuevo vehículo para que le llevase al Hospital. Una vez allí, preguntó por la doctora Wideman, siendo introducido en su despacho minutos más tarde.

Mary Wideman era una mujer hermosísima y Iko se percató enseguida de la colosal belleza de aquella joven, cuyo rostro inteligente estaba animado por una sonrisa tremendamente cautivadora y agradable.

Iko se presentó, y ella, aumentando la intensidad de su sonrisa, exclamó:

—¡Qué emocionante! ¡Es el primer agente de la SIP que veo!

—Pues aquí tiene usted uno.

—¿En qué puedo servirle?

—He venido —explicó Namura— a hacer una pequeña investigación sobre los mineros. Nada de importancia, sino la preparación de un informe para el Consejo Mundial. Y me interesaría conocer su opinión sobre la causa de la muerte de los niños japoneses.

La sonrisa se borró del rostro de Mary, que frunció el entrecejo.

—El asunto está muy claro, por desgracia, señor Namura —repuso.

—¿Son las radiaciones, verdad?

—En efecto. La radiactividad es la única culpable de esa muerte prematura.

—¡Ah! ¿Es que nacen muertos?

—Así es. Llegan a término, pero muertos.

—Comprendo. ¿Y de nada sirven las medidas de protección que tienen los mineros?

—Desgraciadamente, ésa es la verdad. Yo conozco todo lo que la VUC ha hecho por ellos, en cuanto a protección personal se refiere, y puedo afirmarle que nadie sería capaz de hacer más. Justamente, el Consejo de Dirección de la Venus Uranium Company está preocupadísimo por este asunto y no hace más que estar en comunicación con los sabios de la Tierra, esperando que éstos descubran un método de seguridad infalible. Aunque lo creo difícil...

—Debe serlo.

—Yo comprendo perfectamente la desesperación de esos padres. A ellas, por fortuna, podemos retenerlas aquí unas semanas, haciéndolas objeto de un intenso tratamiento psicoterápico, de manera que al salir no lleven a sus hogares un complejo que sería fatal para sus maridos y sus familias. Pero nada podemos hacer por ellos, naturalmente.

—¿Y con lo ocurrido con Nakuda?

Ella se mordió los labios.

—Fue algo desagradable, señor Namura —repuso—; se lo aseguro. El muchacho estuvo aquí, conmigo, preocupado como todos los que bajo estas fatales condiciones esperan un retoño. Pero jamás me imaginé que llegase a hacer lo que hizo. De haberlo sospechado, aun remotamente, nunca le hubiera dejado bajar solo al depósito.

—¿Bajó solo?

—Sí. Y la fatalidad, como pude comprobar mucho más tarde, fue que frente a la Morgue hay un depósito de material quirúrgico, del que el joven cogió el arma para suicidarse, porque la puerta debía estar abierta.

—Sí, es lamentable.

Hubo una pausa; luego, ella preguntó:

—¿Piensa estar mucho tiempo en la City?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Porque, cuando haya usted terminado su informe, desearía charlar un poco. ¡Ardo en deseos de conocer un poco más la SIP!

Namura sonrió.

—Se hace usted ilusiones, doctora. No somos más que hombres como los demás.

—¡Eso no es cierto! —replicó ella, dejando de nuevo asomar la sonrisa a sus labios granates—. Y además, si no le molesta, puede llamarme Mary... lo de «doctora» llega a cansarme, en ciertas ocasiones.

—Perfectamente. Usted también puede llamarme por mi nombre: Iko.

—De acuerdo, Iko. ¿Me promete volver un día, cuando haya terminado su informe?

—Prometo venir a verla, aunque es posible, Mary, que tenga que hacerlo antes.

—¡Mucho mejor!

Iko se puso en pie, estrechando la mano de la mujer. Fue entonces cuando ella quiso saber:

—¿De qué son esas asperezas de sus manos, Iko?

—Muy sencillo. Practico el golpe con el canto, desde hace mucho tiempo.

Ella volvió a tomarle la mano derecha, acariciando el callo que Namura tenía en el borde inferior.

—¡Pero si parece hierro!

—Sí. Se consigue después de muchísimos esfuerzos. Un golpe con la mano puede llegar a causar la muerte de una persona.

Mary suspiró.

—Pero... ¿no se dedicará usted a golpear inocentes doctoras, verdad Iko?

—Desde luego que no. Hasta la vista, Mary.

—¡Hasta la vista!

CAPÍTULO III



L rayar el alba, seis mil hombres se dirigieron aquella mañana a la mina. El turno correspondiente no debía haber reunido más que a dos mil. Así, los empleados del control fruncieron el ceño, viendo la masa total de los mineros que penetraba en los vestuarios.

Cada uno vistió su uniforme, antes de que el jefe de personal pudiera llegar a los barracones.

Era un hombre alto, pecoso, de unos cuarenta años de edad, con genio vivo y convencido de su dominio sobre los mineros.

Entró gritando:

—¿Qué es esto? ¿Por qué habéis venido todos?

Nadie le contestó y los hombres formaron, frente a sus jefes de equipo, con los trajes especiales puestos, ante la entrada del largo pasillo que conducía a la zona amarilla.

Walter, el jefe de personal, no se arredró por eso. Estaba acostumbrado a servirse de su autoridad. Y cerrando los puños, acercóse a los que estaban más próximos.

—¡Basta de tonterías! —exclamó—. ¡Sólo el equipo C debe entrar al trabajo! Y os advierto que los que me desobedezcan tendrán una semana de haberes... ¡Fuera de aquí, he dicho! ¡Quítense los trajes y vuelvan a la colonia!

Viendo, sin embargo, que no le hacían caso alguno, se decidió por la acción directa, lanzándose sobre uno de los obreros, al que cogió por un brazo, tirando de él con fuerza.

—¡Fuera de aquí, idiota! ¿Es que no me has oído?

Pero en aquel momento, Uchino, el hombre de cuello de toro que había hablado a los reunidos la noche anterior, se adelantó hacia Walter. Era el único que no llevaba puesta la capucha del traje y, por lo tanto, el único que podía hablar.

—¡Quieto, Walter! —gritó, con un tono francamente amenazador en la voz.

El jefe de personal se volvió.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que te atreves a darme órdenes?

—He dicho que te estés quieto; pero como ya te conocemos, vamos a darte una buena lección. ¿Quieres que te llevemos a la zona amarilla para que pruebes un poco de radiactividad?

Walter palideció.

Se daba cuenta, un poco tarde, de que había ido demasiado lejos y que aquello era un plante total, una acción conjunta y ordenada contra la que nada podía hacerse.

—Yo... —empezó a decir.

Algunos se habían quitado la capucha de plástico que protegía sus rostros, para poder oír lo que decían. Los más estaban indiferentes, en filas, esperando.

—Te hemos aguantado durante mucho tiempo —siguió diciendo «Cuello de Toro»—. ¡Demasiado tiempo! Y ya es hora que te bajemos los humos para siempre.

Walter exclamó:

—¡No me llevéis a la zona amarilla! ¡Haré lo que queráis!

Uchino miró a sus hombres.

—Ya os estáis dando cuenta —dijo, con una sonrisa de desprecio en los labios—, cómo un gallito de ayer se convierte en un cobarde, que es lo que ha sido siempre. ¡Tenemos que hacer que todos conozcan nuestros propósitos! ¡Cogedle!

Walter intentó echar a correr, pero estaba prácticamente rodeado y unos cuantos mineros lo cogieron, sujetándolo por los brazos, a pesar de todo lo que hacía por debatirse.

—¡No me llevéis allí, por favor! —volvió a suplicar.

—No temas —dijo Uchino, con la misma inquietante sonrisa—. De nada nos servirías corriendo por la zona amarilla.

—¡Gracias, Uchino! —se apresuró a exclamar Walter, sintiendo que la vida volvía a él.

—No me las des tan pronto, gusano —repuso «Cuello de Toro»—. Porque lo que vamos a hacer contigo no va a gustarte nada.

Y dirigiéndose a los que le sujetaban, ordenó:

—¡Colgadle de ese poste! ¡Ahorcadle! Su cuerpo será un aviso para los que creen que pueden dominarnos pronto.

—¡¡Nooo...!! —gritó el desdichado, intentando vanamente escapar de los brazos de sus opresores.

Pero no consiguió nada.

Momentos más tarde, su cuerpo se balanceaba en lo alto de un poste, estremeciéndose con las últimas sacudidas agónicas. Luego quedó tieso, balanceándose suavemente al impulso de la brisa que venía del norte.

Volviéndole la espalda, Uchino se dirigió a sus hombres:

—¿Habéis saqueado los almacenes de víveres?

—Sí —repuso uno de ellos.

Ordenó:

—Llevaos también los depósitos de agua neutra. Comeremos y beberemos, por turno, en la zona amarilla, pues sabemos que es la menos contaminada. Y lo haremos bajo las campanas protectoras. ¿Las habéis cogido todas?

Ahora fue el joven Atusi quien contestó:

—Sí, Uchino. Tenemos ciento ochenta, y también hemos cogido la emisora de la mina. No ha sido difícil —agregó, con una sonrisa—, aunque hemos tenido que dejar fuera de combate a los empleados de la emisora.

—Es igual. No podemos perder el tiempo en contemplaciones. Vamos, empezad a desfilar. Los que llevan las campanas que las sitúen en los bordes de la zona amarilla. Estableceremos allí nuestro Cuartel General y tú, Atusi, te quedarás con la emisora, a mi lado.

Éste asintió:

—Bien.

Las largas hileras de mineros empezaron a penetrar por el pasillo que conducía a la zona amarilla. Durante cerca de una hora, el desfile continuó ininterrumpidamente. Hasta que el último traje especial desapareció por la entrada.

Durante el resto de la mañana, los mineros se establecieron a lo largo de la mina, concentrando las «campanas», tal como había ordenado «Cuello de Toro», en los bordes internos de la zona amarilla.

Las «campanas» eran una especie de tiendas de plástico duro, de unos cinco metros de diámetro, que se utilizaban para permanecer en la zona peligrosa sin necesidad de traje, cuando se trataba, por ejemplo, de atender a un herido u observar una muestra, sin necesidad de retroceder hasta la salida.

Una vez montadas y puestos en marcha sus dispositivos de purificación del aire y conservación de la temperatura, formaron una especie de pequeño y alargado villorrio, brillando a causa del sol que empezaba a escalar el horizonte, lamiendo la superficie lisa de las cúpulas luminosas.

Cuando sus hombres se hubieron instalado y formado los grupos que, por turnos, pasarían a las campanas para comer, una sola vez al día, evitando movimientos de masa demasiado complejos, Uchino se dirigió hacia la «campana» donde Atusi le esperaba, con la emisora montada y la larga antena saliendo ya de la superficie convexa de la cúpula.

—¿Qué tal ha ido eso? —inquirió Atusi.

«Cuello de Toro» se dejó caer sobre una alfombrilla, encendiendo un cigarrillo antes de contestar.

—Todo ha ido muy bien —repuso—. Nadie podrá penetrar en las minas y tendrán que ceder a nuestras pretensiones.

—¿Qué vas a pedirles?

Uchino se acercó a la emisora.

—Ahora lo verás —dijo—. Voy a enviar el primer mensaje a la Central de la VUC, en la City.

* * *

La noticia estalló como una bomba. Prensa, Radio y TV estuvieron informando a los habitantes de la City durante toda la tarde, ampliando las noticias a medida que se iban conociendo pormenores de lo ocurrido en las minas de uranio.

«¡LOS MINEROS JAPONESES OCUPAN LAS MINAS!» —decía el periódico que compró Iko Namura, aquella misma tarde. Y luego, en el

artículo que ocupaba la primera página:

«Los mineros han enviado un primer mensaje a la Dirección de la VUC, manifestando que no se extraerá ni una sola onza de uranio de las minas hasta que no se hayan cumplido las condiciones que exigen de la Compañía. Y son:

«Primera. —Traslado inmediato de la Colonia a la Ciudad.

«Segundo. —Pago de una indemnización de mil créditos por hijo perdido a causa de la radiactividad.

«Tercero. —Estudio urgente de las causas de la mortandad infantil y montaje de laboratorios especiales destinados a investigar dichas causas.

Iko frunció el entrecejo.

Todo aquello le parecía normal, y las peticiones de los mineros nada exageradas. Después de todo, estaba pareciéndole que su misión en la City se limitaría a la de un observador, sin poder intervenir en los asuntos internos de la VUC. Y puesto que todo se reducía a un suicidio, su trabajo iba a ser nulo.

Pero cambió de opinión al saber que una comisión de la VUC, que había ido a intentar comunicarse de cerca con los mineros, vio el cadáver del jefe del personal, al que los japoneses habían ahorcado a la entrada de la mina.

La cosa cambiaba de aspecto.

Aquello era un crimen y él debía encontrar al culpable para que rindiese sus cuentas ante la Ley.

Vagó, durante todo lo que quedaba de tarde, pensando en la manera de enfocar el asunto. Finalmente, después de darle vueltas y más vueltas, se decidió por hacer una visita a la VUC.

Un coche le llevó a la entrada del colosal edificio, que ocupaba la Compañía en el centro de la ciudad, y que era uno de los más altos y hermosos de la City. Cuando penetró en el *hall*, tan inmenso como cabía esperar, un empleado se le acercó.

—¿Qué desea?

—Hablar con el director.

—Creo que va a ser imposible, señor: están reunidos en el Salón de Sesiones desde esta mañana y no permiten visitas de ninguna clase.

—¿Quiere decir, no obstante, al señor director, que está aquí un agente de la Spacial International Police, especialmente venido de la Tierra para verle?

El hombre le miró con respeto.

—Eso es distinto, señor. Haga el favor de esperar un momento: voy a telefonar.

—Gracias.

No tardó mucho en volver el empleado.

Una sonrisa lucía en sus labios.

—Haga el favor de seguirme, señor. El director y el Consejo van a recibirle.

Un ascensor llevó a los dos hombres doce plantas más arriba. Y una vez allí, el empleado le guió por un amplio pasillo, hasta detenerse ante una puerta

pintada de verde oscuro, que abrió, haciéndose a un lado.

—Haga el favor de pasar.

—Gracias.

Iko penetró en un salón enorme, con una serie de estrados en la parte derecha, y una tribuna a la izquierda. Una veintena de miradas cayeron sobre él mientras el hombre de la tribuna descendía, con una amable sonrisa en los labios, yendo a su encuentro, con la mano extendida, que Iko estrechó cordialmente.

—Soy Elmer Curter —dijo el hombre—, director de la VUC.

—Yo soy Iko Namura, de la SIP.

—Encantado, señor Namura —y haciendo un gesto hacia los presentes, que seguían mirándolos, añadió—: Le presento a los miembros del Consejo de la Compañía —alzó la voz—. ¡Es el señor Namura, señores, de la Spacial International Police!

Todos hicieron un gesto de saludo con la cabeza.

—Venga conmigo a la tribuna —dijo Elmer.

Namura le siguió.

Y una vez estuvo sentado junto a Curter, éste, mirándole, pero hablando en voz alta, para que todos le oyesen, dijo:

—Estamos estudiando la delicada situación de la VUC, señor Namura, que estoy seguro conoce ya.

—Sí, en líneas generales; es decir, lo que se ha publicado sobre ello.

—En realidad, sabe usted tanto como nosotros.

—¿Y qué les parece las peticiones de los mineros?

Elmer frunció el entrecejo.

Luego aclaró:

—Todas ellas son justas y estamos dispuestos a ceder... excepto en una.

—¿Cuál?

—El traslado de la Colonia a la ciudad. Ya comprenderá usted, señor Namura, que eso es imposible.

—¿Por qué?

—Por muchísimas razones; pero, sobre todo, por el ambiente de la ciudad. La gente hasta ahora, y gracias a que no se hizo publicidad de lo que ocurría con los niños japoneses, ha ignorado la verdad. Pero desde el suicidio del joven Nakuda, ocurrido, como usted sabe, en plena vía pública, la noticia ha corrido como reguero de pólvora. Y los habitantes de la City están dispuestos, así lo han manifestado a las autoridades, a impedir, sea como sea, que ningún otro minero vuelva aquí, ni que sus esposas sean atendidas en el Hospital de la ciudad.

—Pero... ¿y esas mujeres?

—La Municipalidad, francamente asustada por la decisión popular, está dispuesta a edificar otro hospital, tan importante como el actual, en las

proximidades de la Colonia: cualquier cosa, con tal de alejar a los mineros y a sus familias.

—¿Tienen miedo de la radiactividad?

—Naturalmente. ¿No lo encuentra lógico?

—Sí.

—De ahí el problema que se nos presenta con las peticiones de los mineros. Estamos dispuestos a proporcionarles todo lo que desean, asegurándole que la VUC ha velado por ellos desde el principio... ¡pero este maldito asunto de los pobres recién nacidos ha sido la gota que ha colmado la paciencia de esos hombres!

Hizo una pausa, pasándose la mano por la frente.

Después añadió:

—Crea usted que comprendemos los deseos de los mineros y que daríamos cualquier cosa por demostrarles nuestra completa adhesión. Podemos subir los salarios, aumentar las primas de rendimiento, montar servicios médicos especiales para estudiar lo de los niños...

—¿Cuántos han muerto, hasta ahora?

—Tres mil doscientos treinta y seis, contando el del hombre que se hizo el harakiri.

—¿En estos últimos años?

—En efecto, en los cinco últimos.

—Es verdaderamente espantoso.

—¡Ya lo sé, señor Namura! ¿Cree que no lo lamento? Yo también soy padre de familia, como la mayoría de los presentes. Y ninguno de ellos, estoy seguro, deja de sentir hondamente la desdicha de esos pobres hombres.

—Lo comprendo. ¿Y no podría encontrarse una solución para lo de la Colonia?

—¿Qué quiere usted decir?

—Construirla en otro lado... más lejos de las minas.

Elmer hizo un gesto con la cabeza, denegando.

—Ésa ha sido la primera proposición que se les hizo, una vez recibido el mensaje que nos enviaron.

—¿Y qué?

—No transigen en nada.

Y mordiéndose los labios, prosiguió:

—La paralización del trabajo significa, amigo mío, una pérdida de más de dos millones de créditos por día. ¿Se da usted cuenta de la gravedad de la situación?

—Sí, señor Curter. Pero mi papel aquí no es el de resolver un conflicto laboral. He venido a investigar la muerte de Nakuda y ahora he de detener al culpable de la muerte del jefe de personal, ahorcado en la mina.

El director le miró, con asombro.

—¿No irá usted a decirme que va a ir a la mina?

—¿Por qué no?

Elmer lanzó un profundo suspiro.

—¿Querrá usted hablarles, cuando esté allí? ¿Decirles todo lo que estamos dispuestos a garantizarles?

—Desde luego, aunque repito que mi misión es detener al culpable...

Uno de los presentes se puso en pie.

—¡No debemos consentir que ese hombre cometa una locura como la que quiere llevar a cabo, señor director!

Elmer miró al que se había levantado de su asiento.

—¿Puede usted decirnos por qué, señor Bruce?

Namura miró también a aquel hombre.

Era, según lo que le había dicho Callowan, el fundador del Hospital, y el hombre del que se había rumoreado que iba a casarse con la doctora Wideman.

Elwoord Bruce era joven, alto, distinguido y vestía con soberbia elegancia. Tenía un rostro vivo y severo, ojos azules, piel pálida y labios finos, tanto, que parecía que los tenía constantemente apretados, como en un gesto forzado.

—Es una locura, señor director —explicó Bruce—, porque ese hombre no saldrá nunca vivo de la mina. Los ánimos están excitados y si se presenta allí con la pretensión de detener a un culpable... ¡lo harán pedazos!

Elmer frunció el ceño.

Y volviéndose al agente de la SIP, dijo:

—Creo que nuestro amigo Bruce tiene razón, señor Namura.

Pero Iko, con una sonrisa, repuso:

—No tema. Yo no voy a ir en contra de los intereses de los mineros, que comprendo perfectamente y con los que simpatizo de todo corazón. Pero les haré entender razones, sobre todo para que me entreguen al responsable de esa muerte. ¿Me facilitarán un traje especial, verdad?

—Desde luego —repuso el director—. Tendrá todo lo que necesite. Y le ruego que no olvide de insistir sobre nuestros sinceros deseos de terminar con esta desdichada situación.

—No lo olvidaré.

CAPÍTULO IV



AHITA llegó hasta la cercanía de la casa, de cuya planta baja emanaba una luminosidad intensa. La mansión era lujosa y estaba rodeada por un parque repleto de árboles frondosos, cuyas hojas movía suavemente la brisa nocturna.

Desde el lugar que ocupaba, lejos de la luz de los faroles de la calle, el japonés miró hacia la ancha calle del barrio residencial, desierta a aquellas horas, y tranquila como todas las de aquella parte de la ciudad.

Sin embargo la iluminación intensa de la primera planta de la casa retenía a Sahita, aunque se acercó más a la casa, terminando por decidirse a saltar la alta tapia, cosa que hizo con una agilidad pasmosa, encaramándose a un árbol, del que descendió, para quedar junto a la fachada, en el interior de un macizo de arrayanes.

No llevaba allí más de diez minutos cuando la puerta principal de la casa se abrió, apareciendo los dueños de la mansión. La señora Elmer, lujosamente ataviada, iba delante. Y Elmer, el director de la VUC, la seguía, con el sombrero de copa puesto y un pañuelo de seda en el cuello.

—¿Volveremos pronto, eh querida? —inquirió, mientras cerraba la puerta.

—Sí —repuso ella—, ya sé que tienes que levantarte temprano. Pero me habías prometido salir hoy. ¿O acaso lo habías olvidado?

—No, no lo había olvidado, Helen. Lo que ocurre, y tú lo sabes tanto como yo, es que esta situación de ahora me acapara por completo.

—Todo se arreglará, cariño. Esos hombres no pueden pasarse la vida en la mina. Tienen que comer y beber.

—Han robado todo lo que había en los almacenes, Helen.

—¡Pero se les acabará! Y cuándo se den cuenta de que vuestras intenciones son buenas y que deseáis, de todo corazón, ayudarles, cederán. No pueden hacer otra cosa.

—Así lo espero, pero cada día que transcurre sin poder extraer uranio, nos cuesta una fortuna.

—Se terminará pronto, querido. Además, ese agente de la SIP conseguirá calmarlos.

—Eso creo. ¡Nunca vi un hombre tan decidido y frío como ese!

Sahita prestó oído.

Las imprudentes palabras de la mujer le habían llegado como un chorro de luz cegadora. Y ahora se preguntaba cómo la SIP se había decidido a intervenir tan pronto y cómo iba su agente a dominar la situación.

Siguió escuchando.

—Elwoord Bruce —dijo el hombre— intentó disuadir al agente de la SIP de ir a la mina.

—¡Bruce es un estúpido!

—No digas eso, Helen. Después de todo, Elwoord tenía razón: es peligroso entrar en la mina por muy agente que se sea de la Spacial International Police.

—No se atreverán a hacerle nada.

—De eso no podemos estar seguros, querida... ¿Vamos? Se está haciendo tarde.

—¿Has dejado el coche fuera?

—No. Lo metí en el garaje...

—¡Ajajá! ¡Y todavía niegas que habías olvidado tu promesa de hacerme salir esta noche...!

El rumor de la conversación se alejó, hacia la parte derecha del jardín.

Sahita, desde su escondrijo, oyó las puertas del garaje abrirse, luego el sonido del motor del coche y, cuando éste se alejó, el silencio volvió a caer sobre el parque.

Había llegado el momento.

Sahita salió del macizo de verdura, echando una ojeada a la casa. Uchino le había indicado detalladamente la situación de la habitación que le interesaba.

Y sabiendo que Sahita podía trepar por una pared, por lisa que fuese, le confió aquella misión, con la seguridad que podría llevarla a cabo.

En efecto, después de estudiar un poco las desigualdades de la pared, que, por fortuna para él, había sido hecha según el estilo barroco, llena de salientes y adornos, el japonés subió, con una facilidad extraordinaria, llegando en pocos segundos a la altura de la segunda planta, en la que penetró después de abrir, con una palanca, una de las ventanas.

Se halló en una habitación sumida en una oscuridad completa. Sacando un lápiz-linterna, hizo que el haz finísimo de luz recorriese los muebles de aquel saloncito, que reconoció inmediatamente gracias a las explicaciones que le diera «Cuello de Toro».

Abriendo la puerta, salió a un pasillo alfombrado con un tapiz, tan denso, que sus pies se hundieron en la blanda trama. Conocía perfectamente la topografía del lugar y no dudó ni un solo instante en dirigirse hacia la derecha, deteniéndose ante la puerta que encontró en segundo lugar.

Asiendo el pomo con infinitas precauciones, lo hizo girar, sin hacer el más mínimo ruido. Luego, como una sombra, penetró en la habitación, avanzando hacia la derecha, de donde le llegó el ruido de una respiración rítmica de alguien que dormía.

La mano izquierda del nipón se hundió en el amplio bolsillo de la chaqueta, sacando un globo de plástico y un pañuelo. Apretando aquella especie de pera, hizo que un líquido frío saliese de ella, empapando con él el pañuelo que ahora tenía en la otra mano.

Unos pasos más y después de haber guardado el recipiente, encendió la linterna, decidiéndose en cuanto vio la cabeza del niño, cuyos bucles dorados salían del esbozo de la sábana.

El pequeño no ofreció ninguna resistencia.

Momentos después, con la criatura sobre la espalda, Sahita volvía a recorrer el mismo camino que había utilizado para llegar hasta allí. Descendió con la misma facilidad, por la peligrosa trayectoria de la fachada, como si el bulto que llevaba a la espalda no le molestase en absoluto.

Una vez al otro lado de la tapia, tomó un camino que le alejó rápidamente del barrio, llegando al extremo de la avenida, donde un coche enorme le esperaba.

Un hombre blanco estaba al volante.

—¿Todo bien? —inquirió al ver llegar al japonés.

Sahita asintió:

—Todo bien, señor.

—Vamos, sube. ¿Duerme aún el pequeño?

—Sí.

El hombre no dijo nada más, poniendo el poderoso vehículo en marcha. Momentos más tarde, recorrían la autopista a toda velocidad, devorando las millas que les separaban de las minas en menos de una hora.

Cuando se detuvieron ante los edificios de la Administración, vacíos desde que los mineros se habían apoderado de la mina, el coche se detuvo, y el japonés, cargando con su inmóvil fardo, se alejó hacia la entrada de la mina, de donde surgieron, poco después, dos hombres vestidos con los trajes protectores, pero con las capuchas bajadas.

Uchino era uno de ellos.

—¿Ha salido todo bien, Sahita? —inquirió, nada más ver al otro.

—Sí. Aquí está.

«Cuello de Toro» se volvió al otro:

—Dame la cápsula protectora, Fokuto —dijo—. Envolveremos al niño con ella, hasta que lleguemos a una de las «campanas».

—Aquí la tienes.

Mientras los dos hombres envolvían el cuerpo tranquilo del pequeño, Sahita se vistió su correspondiente traje protector. Luego se dirigieron a la zona amarilla.

Una vez en el interior de la «campana», Uchino, ya que los otros dos se habían alejado hacia sus correspondientes «campanas», dejó el cuerpo del niño en el suelo y ayudado por Atusi, lo sacó de la funda protectora, tendiéndolo sobre unas esterillas, en un rincón.

Atusi contempló al pequeño; luego, volviéndose a «Cuello de Toro», preguntó:

—¿No crees que hemos hecho algo malo, Uchino?

El otro rió.

—¿Por qué?

—El rapto está castigado por la Ley del Sistema, Uchino. Y la SIP no perdona a los raptos.

—¿La SIP? ¡Qué idiota soy! Sahita me ha dado un papel que aún no he leído.

Y sacándolo del bolsillo, se sentó, leyéndolo detenidamente.

—¡Perros! —escupió después.

—¿Qué ocurre?

—Esa gentuza del Consejo. Han contratado a un agente de la SIP, que ha prometido venir a hablarnos.

—¿Tendrás cuidado, verdad?

—¿Cuidado? ¡Nadie me detendrá... ni el mismísimo Callowan en persona.

—Pero ya sabes que la vida de un hombre de la Spacial International Police es sagrada.

—Claro que lo sé. Pero olvidas que ese hombre, si viene aquí, ha de hacerlo en el interior de un traje especial... ¿Y quién puede conocer a un hombre disfrazado de esa manera? Un pequeño desgarré en el traje, sin que se dé cuenta... ¡y ya está! Los rayos gamma no perdonan a nadie.

Atusi palideció.

—¡Vas muy lejos, Uchino! No podemos jugar esa partida tan peligrosa. Yo y los demás estamos de acuerdo en quedarnos aquí hasta que nos garanticen las reivindicaciones que hemos pedido, pero tú has empezado a tergiversarlo todo: primero raptando a ese niño y ahora queriendo atacar a un agente de la SIP. No nos perdonarán, de eso puedes estar seguro.

Uchino dijo:

—¡Bah! Somos los más fuertes y no puedo tolerar que alguien, en quien he creído desde el principio, intente boicotear lo que estamos haciendo.

—¡Nos estás convirtiendo en unos vulgares criminales, Uchino!

—¡Tonterías!

—Está bien. Puesto que deseas seguir por ese camino, hablaré con los que no lo saben, y que nunca admitirían se llegara tan lejos. Y me iré con ellos...

«Cuello de Toro» cerró los puños.

—¡Tú no saldrás de aquí, maldito cobarde! Porque si lo intentas, te consideraremos como un traidor. Y ya sabes que no puedes escapar a los Nuevos Samuráis...

—¡Ah! ¿Con que es ése tu proyecto? ¡Debía habérmelo imaginado! ¡Nuevos Samuráis! ¿Ignoras que prometimos, en un voto sincero, no formar nunca más organizaciones de ese tipo. El Consejo Mundial recibió la votación con plena confianza, pero dijo que no habría perdón para los que no cumpliesen la palabra dada.

—¡No seas estúpido! Nada ocurrirá. Hay aquí seis mil hombres, ¿cómo quieres que nos metan a todos en la cárcel?

—¿Los crees tontos? Sabrán enseguida quien ha sido el responsable...

—¿Soy yo, no?

—Desde luego.

—¡Pues entonces no tienes que preocuparte por nada! ¡Déjame en paz y échate a temblar si quieres! Pero te aseguro que no permitiré que me traiciones... ¡Ni tú ni nadie! Ahora mismo voy a establecer vigilancia en la salida de la mina. Nadie entrará ni saldrá sin que yo me entere. Y eso servirá también para nuestro querido visitante de la SIP. ¡Ojalá se decida a venir!

* * *

Y Namura se había decidido.

Lo que ignoraba Uchino era que el agente estaba ya en el interior de la zona de la mina. Había penetrado, hacía poco, por el pasillo, con sumo cuidado, ocultándose para dejar pasar a tres hombres. Uno de ellos llevaba un bulto sobre la espalda.

Los había seguido, deteniéndose no muy lejos de la «campana», donde estaba Uchino. El carácter traslúcido del material plástico de la campana sólo le permitió ver las siluetas, que la luz interior proyectaba sobre las paredes. Pero comprendió que aquel debía ser el Puesto de Mando de los Mineros.

Cuando «Cuello de Todo» salió, Iko se dejó caer al lado de otra «campana», simulando descansar de su incómodo traje, en la proximidad de los refugios.

Siguió, no obstante, a Uchino, viendo que penetraba en una de las más grandes «campanas», saliendo, poco después, seguido por dos de los mineros, a los que señaló la entrada de la mina.

Comprendió enseguida que se trataba de establecer una vigilancia y se dijo que debía abandonar aquellos lugares, ya que estudiaría mejor las cosas desde fuera que desde dentro.

Pero no pudo adelantar a los que iban a montar la primera guardia, viendo que le habían cerrado definitivamente el paso.

«Tengo que salir» —se dijo—. «Esta vigilancia me demuestra que han sabido que yo venía aquí, lo que me hace comprender que alguien se ha ido de la lengua y que hay alguno de los miembros del Consejo de la VUC que está en relación con los distintos grupos de mineros...».

Pero ¿por qué?

Lógicamente, ningún miembro del Consejo de la Compañía podría salir ganando con prolongar la situación actual de los mineros. Porque el mayor obstáculo en que las cosas se arreglasen era la intransigencia, por una y otra parte, de la Municipalidad que no quería oír hablar de trasladar la Colonia a la City y la de los mineros, empeñados en conseguirlo.

Iko fue avanzando hacia el final de la zona amarilla, metiéndose después, sin dudarle un instante, por el largo pasillo que conducía a la salida. Como allí ya podía desembarazarse de la capucha, así lo hizo, respirando con fruición el aire libre de la noche.

Continuó avanzando.

Lo hacía sin ruido, esperando encontrarse con los guardianes de un

momento a otro.

Y así fue.

Pronto les oyó hablar, viendo después, antes que otra cosa, las puntas ígneas de sus cigarrillos.

Luego oyó sus voces.

—¡Ha sido una suerte! —decía uno de ellos—. ¡Tenía unas ganas de fumar!

—Igual me ocurría, a mí. Y si hubiera tenido que esperar a mi turno de «campana», me hubiera muerto de ganas.

—Estamos mejor aquí.

—Hombre. Estaríamos mejor en casa, con los nuestros. ¿Qué crees que harán nuestras mujeres?

—Esperan.

—Yo creo que esto va a durar bastante.

—No lo creas. La Compañía debe estar perdiendo una fortuna al no extraer mineral. ¡Ya se arreglarán para darnos lo que pedimos antes de que les cueste una fortuna!

—¡Ojalá sea así! Desde luego, tenemos razón en defendernos. Han de considerarnos como seres humanos, no como apestados.

—¿Es que no lo somos, Yosuko?

—¿Qué quieres decir?

—He perdido dos hijos y no creo que pueda tenerlos nunca más. Somos como malditos, amigo... gente que no tiene razón de ser.

—Oye... ¿y los ingenieros?

—¿Los ingenieros? ¿Qué vienen a hacer aquí?

—No me entiendes... Quiero decir que los ingenieros han pasado largas temporadas con nosotros, vestidos con los mismos trajes protectores...

—¿Y qué?

—Que nunca padecieron de nada.

—No estuvieron tanto como nosotros.

—¿Qué dices? Estuvieron meses, y permanecen aquí cuando han de examinar las nuevas vetas. Además, mientras nosotros trabajamos por turnos de seis horas, cinco veces a la semana, ellos están, sin salir de la zona amarilla, mucho más tiempo.

—Debe ser cosa de la raza...

Iko había oído bastante.

Tenía que salir y lamentaba poner fuera de combate a aquellos dos hombres.

Pero no había más remedio.

Avanzó, decididamente, después de comprobar que ninguno de los dos guardianes estaba armado.

Y apareció ante ellos, de repente.

La indumentaria del agente de la SIP les equivocó.

—¿Por qué vienes por aquí? —le preguntó uno de ellos—. ¿No te han dicho que está prohibido salir sin permiso de Uchino?

—Nadie me lo ha dicho.

—Pues ya estás volviendo al campamento.

Namura estaba entre los dos.

Sus dos brazos salieron disparados, al mismo tiempo, golpeando en el cuello a los guardianes, con la encallecida costra de la mano.

Cayeron como monigotes, quedando inmóviles en el suelo.

Iko Namura se alejó hacia el lugar donde había ocultado el coche.

La cabeza le daba vueltas.

CAPÍTULO V



El timbre del teléfono despertó bruscamente a Namura. Había llegado casi al amanecer, al hotel, y quiso descansar un poco, aunque pensaba reanudar las pesquisas la mañana siguiente.

Pero no pensaba, no obstante, despertarse tan pronto.

Descolgó el aparato, aún medio hundido en las brumas del sueño.

—¿Diga?

—¿El señor Namura?

—Sí. ¿Quién está ahí?

—Soy el secretario del señor Curter —el tono de la voz que llegaba hasta el agente de la SIP estaba cargado de emoción—. El señor Curter le quiere ver

inmediatamente, señor Namura. Es muy urgente.

—¿Dónde está?

—En su casa. Nos hemos permitido enviarle uno de los coches, y llegará de un momento a otro a su hotel.

—Bien. Me prepararé enseguida.

—Muchas gracias, señor Namura. Hasta ahora.

—Adiós.

Iko saltó de la cama, corriendo hacia la ducha y pensando que era una mala suerte el que no le dejaran realizar, como estaba acostumbrado a hacerlo cada mañana, sus ejercicios gimnásticos, sobre todo en lo que se refería a sus manos.

Pero cuando el poderoso director de la VUC le llamaba con tanta urgencia, era, sin duda alguna, porque algo verdaderamente grave había ocurrido.

Sin detenerse en el bar para tomar un poco de café, el agente de la SIP atravesó el *hall* del hotel, como una exhalación, encontrando fuera el coche, cuyo chófer se apresuró a abrirle la puerta después de darle los buenos días.

El vehículo salió lanzado a toda velocidad, atravesando la población que dormitaba aún. Poco después, tras penetrar en el barrio residencial, el coche terminó entrando en el amplio jardín de la mansión de los Curter, deteniéndose junto a la escalinata.

Elmer debía haber oído la llegada del vehículo, del cual estaría pendiente, ya que salió fuera, adelantándose, yendo al encuentro de Iko y estrechando su mano con efusión.

—Pase, pase... no sabe cuánto le agradezco que haya venido enseguida.

—¿Qué ha ocurrido, señor Curter?

Estaban ya en el vestíbulo y Elmer se dejó caer en uno de los sillones, haciendo un gesto vago para que Iko le imitase, cosa que hizo el japonés, sentándose frente al atribulado director.

—Se han llevado a mi hijo, señor Namura.

—¿Cómo? ¿Le han raptado?

—Eso es. Anoche salimos mi esposa y yo... una salida que le había prometido desde hacía tiempo. Bien, eso no viene ahora al caso. Lo horrible es que cuando regresamos, pasando por las habitaciones de los pequeños, Charles había desaparecido.

—¿Cuántos hijos tiene usted?

—Dos: una niña, llamada como su madre, Helen, de doce años y Charles de ocho.

—¿Vio usted algo que le hiciera sospechar el rapto?

—Sí. La ventana de un saloncito del piso de arriba estaba abierta, forzada. El raptor debió subir por esa parte de la fachada llena de adornos de piedra... ¿Se da usted cuenta de mi desgracia, señor Namura?

—Desde luego.

—¡Ustedes, los de la SIP, no pueden consentir que se hagan cosas como

éstas en la ciudad! ¡Han de devolverme a mi hijo!

—Un poco de paciencia, señor Curter. No hay que acalorarse, ya que nada, ganaríamos con ello. ¿Ha recibido usted algún, mensaje?

—No; pero...

—Un momento. Permítame que le diga que un rapto es un episodio delincuente que tiene más de un acto. La desaparición de su hijo es el primero, señor Curter. Ahora tendremos que esperar a que los raptos digan algo; sucede siempre igual y, esto es afortunadamente la manera de saber qué motivos les han empujado a robar al niño y qué es lo que desean.

—¿Pero duda usted aún de la identidad de los raptos?

—Yo no dudo: la desconozco.

—¡Son los mineros japoneses, señor Namura! Nadie más hubiera tenido el menor interés en hacer una cosa tan horrible.

—Ya le he dicho antes que no debemos precipitarnos. Yo estuve anoche en la mina...

—¿De veras?

—Sí. Y hasta creo que puedo afirmar que vi a los que han robado al pequeño Charles.

Elmer se puso pálido.

—¿Y cómo? ¿Qué usted vio a los que se llevaban a mi hijo y no los detuvo?

—Un momento, señor Carter. Si usted sigue en esa tesitura, será mucho mejor para ambos que dejemos esta conversación inmediatamente.

Elmer bajó la cabeza.

—Perdone —dijo, con un hilo de voz—, pero ya comprenderá usted mi estado de ánimo.

—Lo comprendo y estoy dispuesto a no cejar hasta que su hijo le sea devuelto sano y salvo: es mi deber, señor Curter y jamás volví la espalda a mi deber.

—Gracias.

—Ahora deje que le siga contando: cuando entré en la mina, coincidí, por verdadera casualidad, con unos hombres que llevaban un bulto sobre la espalda; es decir, como comprenderá, sólo uno lo llevaba. Acababan de llegar a la mina y fueron recibidos por un tal Uchino. La verdad es que como yo estaba bastante lejos, no vi cuántos eran. Lo cierto es que los vi llegar y que los seguí...

—¿Los siguió?

—Sí. Se dirigieron hacia la zona amarilla, donde ya sabe usted que se han colocado la totalidad de las «campanas» aislantes que robaron de los almacenes.

—Sí, siga, siga... por favor.

—Suponiendo que el paquete aquel contuviese al pequeño Charles, vi que lo entraban en una de las campanas...

—¿Sabría usted reconocerla, señor Namura?

—De memoria. Es una de las más grandes y está algo separada de las demás, lo que me hizo pensar se trataba de la sede del Estado Mayor de los mineros.

—¡Dios mío!

—Lo que ocurrió después puede resumirse en pocas palabras: ellos sabían que yo iba a llegar y montaron una guardia, afortunadamente sin armas, que me permitió escapar con relativa facilidad.

—¡Eso quiere decir que hay alguien del Consejo que está en relación con ellos!

—Así pienso yo...

—¡Canalla! ¡Lo descubriré, no se preocupe... aunque...

Su rostro se había puesto blanco, de repente. Y miró a Namura con una expresión de evidente disgusto.

—¿Le ocurre algo? —inquirió el agente.

—Sí, amigo mío... no podemos sospechar de nadie del Consejo: nadie dijo nada de su proyecto de ir a la mina.

—¿Entonces?

—Fuimos mi esposa y yo. Ahora recuerdo perfectamente que cuando salimos al jardín, anoche, camino del paraje, hablamos de usted. Y el raptor o los raptos de mi pequeño debían estar ya escondidos en el jardín. ¡Qué estúpidos fuimos!

Iko sonrió.

—No tiene importancia. Por fortuna, no pasó peligro alguno y todo se resolvió de la mejor manera.

—Yo también estoy contento de que haya sido así. Sobre todo porque alejamos las sospechas del Consejo: me fastidiaría tener a un traidor entre los que lo forman.

—Y hablando del Consejo, señor Curter. ¿Cuál es su opinión sincera sobre el señor Bruce?

—Es una excelente persona. Se interesó siempre muchísimo por los mineros... ya sabe usted que fue quien montó el hospital.

—Sí, eso oí decir. ¿Y de sus relaciones con la doctora Wideman, qué hay en concreto?

—Nada.

—¿No iban a contraer matrimonio?

—Sí, pero algo ha debido ocurrir entre ellos, echando por tierra esos proyectos de boda. En realidad, no puedo comprender cómo las relaciones se han enfriado hasta el punto de que actualmente ni se ven ni se hablan.

—¿Quiere decir, que están enfadados?

—Sí.

—La doctora Wideman me ha parecido una mujer muy competente.

—Es una muchacha formidable desde todos los puntos de vista...

Respecto a «ciertos puntos de vista», Iko estaba de acuerdo con su interlocutor.

Pero éste añadió:

—También Elwoord es una excelente persona. Parecían verdaderamente hechos el uno para el otro... ¡No puedo comprender el motivo que ha podido separarlos de esta manera definitiva!

En el fondo, Iko, sin saber exactamente por qué, estaba encantado de saber que Elwoord había roto con la deliciosa muchacha. Por primera vez en su vida, comprendía, quisiera o no, que algo cambiaba en él, y que el respeto, más que la indiferencia, que había experimentado hasta entonces hacia las mujeres, sobre todo en lo que a planes definitivos se refería, estaba convirtiéndose en su mente en algo con lo que jamás había contado seriamente.

Fue en aquel momento cuando el secretario de Elmer penetró en el salón, deteniéndose ante ellos.

—¿Qué hay, William? —preguntó el magnate de la VUC.

El rostro del otro expresaba inquietud.

—Acaban de llamarme del despacho, señor. Los mineros han anunciado un importante mensaje, que radiarán, de aquí a unos minutos, dirigido personalmente a usted.

Curter palideció.

Y mirando a Namura, exclamó:

—¿Oye usted? ¡Lo que yo decía! Ahora van a aprovecharse de tener al pequeño...

Intervino el secretario:

—He dispuesto el aparato del *living*, señor.

—Gracias, William. Vamos hacia allá... ¡Santo Cielo! Sobre todo, que la señora no los oiga...

—La señora está en su habitación, señor Carter.

—Mejor. ¿Vamos, señor Namura?

El agente dijo:

—Sí.

Pasaron al amplísimo *living*, donde un colosal aparato ocupaba uno de los rincones. Haciéndose a un lado, el secretario dejó que su superior y el agente ocupasen sendos sillones ante el aparato. Luego fue él a manejar los mandos, conectando con la principal emisora de la ciudad.

La voz del locutor rompió el silencio que se había hecho:

—Señoras y señores... estamos esperando un mensaje anunciado por los mineros que han ocupado, desde anteayer, las minas de la VUC. Lamentamos muchísimo, ya que es imposible acercar nuestros equipos a las minas, no poder dar esta información por Televisión... ¡Un momento, señores!

Hubo una corta pausa.

—«En este preciso instante —siguió diciendo el locutor—, acabamos de recibir la señal para conectar con la emisión procedente de las minas... ¡Atención, señoras y señores!».

Una nueva pausa. Y casi enseguida:

—«Aquí la Voz de los Mineros de la VUC: éste es un mensaje dirigido personalmente al director Elmer Curter al que voy a dirigirme inmediatamente, con la seguridad de que me está escuchando... ¡Atención, director Curter! Durante mucho tiempo has pensado en nosotros como meras máquinas, a pesar de que siempre te llenaste la boca diciendo que te preocupabas día y noche de nosotros. Pero ¿qué has hecho desde que los niños japoneses empezaron a morir al nacer? Naturalmente que hablaste y manifestaste que se iba a hacer esto o aquello. Se montó el hospital, que no ha sido más que un paso para llenar el cementerio de la Colonia.

«Pero ahora es distinto: uno de tus hijos está aquí, en la mina, junto a nosotros. ¿Te gustaría que le paseásemos, con su traje, por la zona peligrosa de las radiaciones «gamma»? Si tanto te precias de cuidar de tus mineros, ¿qué puede importarte que tu hijo esté aquí, si sabes que las protecciones de las minas son completas?

»Pero nosotros, igual que tú, asqueroso hipócrita, sabemos que eso no es cierto. Y he aquí el final de este mensaje: si dentro de veinticuatro horas no se nos ha dado completa satisfacción a las peticiones que formulamos en nuestros anteriores mensajes, tu hijo empezará a salir de la campana que le protege ahora... Ya lo sabes... ¡Piénsalo bien, director! Y si no eres capaz de hacer lo que te decimos, dimite y que otro más capaz que tú arregle las cosas...».

Cesó de oírse la voz áspera del que hablaba.

Namura se volvió hacia Elmer, viendo que éste, con la mirada apagada, dejaba correr por sus mejillas las lágrimas que brotaban de sus ojos, fijos en el altavoz del aparato.

«Acaban ustedes de oír —anunció el locutor— el mensaje dirigido...».

Iko se levantó, cerrando el aparato.

Después, acercándose al atribulado director, dijo:

—Cálmese, señor Curtes. Tenemos que pensar algo...

Elmer se encogió tristemente de hombros.

—No hay nada que hacer —dijo, en voz baja—. Ese hombre tiene razón: soy un incapaz y no tengo más remedio que dimitir... pero lo hago con la conciencia tranquila, y en lo que respecta a la seguridad de los mineros japoneses, le juro a usted, señor Namura, que no se empezó a trabajar en las minas hasta que los técnicos me aseguraron que no había ningún peligro para los hombres... ¡Lo juro!

Iko dijo:

—Le creo, señor Curter. Hay aquí algo que no llego a entender: algo que sigue tan oscuro para mí como el primer día que llegué.

—¿Tiene usted alguna idea?

—Es muy posible. Y voy a intentarlo... Pero ha de prometerme que no tomará ninguna decisión hasta que yo vuelva.

—De acuerdo. No obstante, he de convocar el Consejo inmediatamente, así como una reunión con la Municipalidad.

—Está bien. Reúna usted a toda esa gente y espéreme en el lugar de la reunión. ¿Será en la Sala de Actos de la VUC, verdad?

—Sí. Y no tomaré ninguna decisión hasta que usted se presente.

—De acuerdo.

Iko abandonó la mansión de los Curter. Éste había ordenado al secretario que pusiera un coche a la disposición de Namura. Walter le proporcionó un tipo ligero, de motor velocísimo, que en realidad era muy poco usado en la casa.

Después de dejar atrás el barrio residencial, el agente de la SIP penetró en la ciudad, tomando el camino directo que le conducía al Hospital. Una vez en el edificio, se hizo anunciar a la doctora Wideman, que le recibió en su despacho.

Después de estrecharse las manos y tomado asiento.

—Ha vuelto usted antes de lo que calculaba... ¿Es que ha terminado ya su misión?

Iko sonrió.

—No. Ni muchísimo menos. Las cosas se complican cada vez más. ¿Ha oído usted hablar del rapto del hijo del director de la VUC?

—¡Es una canallada!

—Desde luego. Le digo que hasta ahora, los mineros y sus pretensiones me habían merecido alguna simpatía; pero, desde el momento en que se ensucian las manos con algo tan indigno...

—Se están portando como bandidos.

—Es cierto. No obstante, sigo sospechando que la mayor parte de los japoneses no pueden estar de acuerdo con lo que han hecho.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que se dejaron arrastrar por los cabecillas y que ahora deben estar pesarosos de haberlo hecho, de haber creído en ellos.

—¿Ha visto usted al director?

—Vengo de su casa.

—Deben estar dolorosamente impresionados...

—Ya puede usted imaginárselo. El pobre señor Curter está loco de dolor. Y yo le he prometido hacer algo por intentar salvar al pequeño.

—Me parece muy bien.

La miró intensamente, a los ojos.

Luego dijo:

—Es que para eso cuento con usted, Mary...

Ella frunció el entrecejo.

—¿Connmigo? —inquirió, asombrada.

—Sí.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Antes de explicarle mi plan, desearía saber si está dispuesta a ayudarme...

—¡Naturalmente que sí!

—Estupendo. Usted es quizá la única persona a la que aprecian los japoneses. Si fuésemos a la mina y hablásemos con ellos, con la masa, no con los cabecillas... estoy seguro de que comprenderían el mal que han hecho y podría usted convencerles de que no es lógico ni humano vengarse con un niño que no es culpable de nada... Usted ha hecho cuanto ha podido por los pequeños de los mineros y ellos no han olvidado su rasgo y su sacrificio.

Ella se había quedado pensativa, como si buscara una solución a lo que él acababa de plantearle.

Pasaron unos minutos de silencio, que Iko respetó, esperando que ella se decidiera a romperlo.

Y así ocurrió.

—De acuerdo —dijo Mary—. Lo he pensado bien y creo que mi deber es ayudarle. Estoy dispuesta a acompañarle, Iko.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—Tengo el coche abajo, dispuesto.

—Perfectamente —se puso en pie—. Voy a quitarme la bata y estoy con usted ahora mismo.

—¡Es usted un ángel, Mary!

Ella le sonrió; luego, con una triste sonrisa, dijo:

—Es la primera cosa agradable que escucho desde hace mucho tiempo, amigo mío...

Y abandonó la estancia.

CAPÍTULO VI



ONDUCIDO por la mano segura de Namura, el vehículo atravesó la ciudad, avanzando por la pista que conducía hacia la mina.

—¿Cree que nos dejarán entrar? —inquirió ella, rompiendo el silencio que

había entre ellos desde que salieron del hospital.

—Sí. Ya le he dicho que usted es una verdadera personalidad para ellos. Y ni los mismos cabecillas podrán impedir que entremos en la mina, aunque nos basta con llegar al borde de la zona amarilla.

—Veo que conoce usted la mina.

—He estado en ella anoche.

—¿De veras?

—Sí. Pero tuve que salir a escape. Ese Uchino no debe tener mucha simpatía. ¿Le conoce usted?

—No.

—Debe ser un hombre peligroso y estoy seguro de que no estaba muy lejos cuando colgaron al Jefe de Personal.

Mary preguntó:

—¿Le cree culpable de esa muerte?

—Sí. Es un hombre que, tarde o temprano, tendrá que tener una pequeña y agradable conversación conmigo.

Ella le miró.

—¿Debe ser emocionante su profesión, Iko!

—Para mí, Mary, es la más bonita del mundo.

—Lo creo...

Estaban cruzando la árida llanura, a unas doce millas de la entrada de la mina. El vehículo había devorado la distancia a una velocidad impresionante.

En el silencio que se hizo después, Iko se dijo que se encontraba a gusto al lado de la doctora y tuvo que confesar que la belleza de la muchacha le había impresionado seriamente.

Fue entonces cuando ella, que se había asomado un poco a la ventanilla de su lado, dijo:

—Veo un helicóptero, Iko.

—¿Por dónde viene?

—Detrás de nosotros. Parece como si deseara alcanzarnos.

Namura frunció el entrecejo.

—No creo que haya ocurrido algo más grave y que el director envíe a buscarnos.

—No sé...

Iko disminuyó la velocidad, esperando que la muchacha pudiera informarle más ampliamente.

—Se acerca a nosotros.

—¿Hace señas?

—No... ¡Cuidado, Iko!

Los reflejos del agente de la SIP funcionaron con una precisión maravillosa, haciendo que el coche pasase, de un golpe de volante, al otro lado de la pista.

Al mismo tiempo, el ruido de los disparos dominó todos los demás sonidos. Y las balas de la metralleta salpicaron la superficie de asfalto.

—¡Disparan contra nosotros! —gritó la muchacha, sorprendida.

—¡Agárrese bien, Mary!

Iko hizo que el vehículo describiese una curva cerrada, realizándola casi sobre los cubos de las ruedas. Los neumáticos maullaron al ser fuertemente castigados por el macadán.

Otra ráfaga surgió del helicóptero, pero de nuevo las balas cayeron lejos del coche.

Sin embargo, Iko no se hacía ilusiones. El aparato podía maniobrar con toda libertad, en tanto que él no podía hacer milagros con el coche.

Como había observado unas millas atrás, una curva limitada por dos macizos terrosos, ofrecía la posibilidad de abandonar el coche para refugiarse.

Y apretó el acelerador, hasta el fondo.

Dando un poderoso salto hacia adelante, el coche salió disparado, perseguido por el helicóptero.

Mary estaba intensamente pálida.

Pero no dijo nada.

Conduciendo a aquella velocidad de locura, Iko sabía que se exponía a que una bala reventara un neumático, perdiendo entonces irremediabilmente el control del vehículo... lo que sería fatal para ambos.

Pero no había más remedio que jugarse el todo por el todo y prosiguió conduciendo, echando, de vez en cuando, una ansiosa mirada hacia atrás, a través del ventanillo posterior, comprobando que, naturalmente, el helicóptero iba ganando sensiblemente terreno.

Una nueva ráfaga se dejó oír.

Las balas, esta vez, no sólo mordieron el asfalto, sino que algunas penetraron en la carrocería, produciendo un estrépito ensordecedor.

—¿Todo bien? —inquirió el japonés, mirando a la muchacha, cuyo rostro estaba blanco como el papel.

—Sí... —musitó ella, con un hilo de voz.

Vio Namura, al fondo de la carretera, la curva en la que ponía toda su esperanza. Y mordién dose los labios, inclinó el cuerpo hacia adelante, con todos los músculos en tensión, como si aquel esfuerzo de su cuerpo pudiera aumentar la marcha del coche.

Otra ráfaga.

Nuevas balas atravesaron la carrocería y sonó un ruido raro en el motor; pero, por fortuna, pareció que el proyectil no lo había averiado.

Estaban en la curva.

Al penetrar en ella, ya entre los macizos terrosos que la limitaban, una de las balas de la nueva ráfaga tirada desde el helicóptero hizo estallar, como temiese Iko, uno de los neumáticos de la rueda de atrás.

Namura sintió que el coche capeaba y que le era difícilísimo controlar el

nuevo impulso que el vehículo tomaba por sí mismo. No obstante, después de chocar de lado contra uno de los terraplenes y de verse lanzado contra el de enfrente, consiguió, yendo de un lado para otro, dominar el coche y aún detenerlo casi al final del pasadizo.

—¡A tierra! —gritó a la muchacha, abriendo la portezuela.

Mary descendió por el otro lado, echándose en la cuneta, casi empujada por el agente de la SIP, ya que en aquel momento el helicóptero, que había descendido al máximo, tomaba por blanco el coche, perforándolo por todos lados, convirtiéndolo en un verdadero colador.

El helicóptero desapareció del campo de vista de Iko y éste se levantó, con la Special Luger en la mano...

—¡No se mueva de ahí! —gritó a la muchacha, corriendo hacia el final de la curva.

Como había previsto, el helicóptero estaba tomando tierra sobre la carretera. Y era natural que lo hiciese, ya que sus ocupantes debían comprobar si habían logrado eliminar a los ocupantes del coche.

Iko esperaba que todos los que iban en el aparato lo abandonasen, ya que su plan era eliminarlos y apoderarse del helicóptero. Sin embargo, vio que bajaron, en efecto, tres hombres, pero que sólo uno, con una metralleta en la mano, avanzaba hacia el pequeño desfiladero.

No tenía más remedio que atacar aquel tipo.

Esperó, no obstante, a que estuviese lo suficientemente cerca, de él para disparar sin matarle.

Oprimió el gatillo.

El hombre se detuvo, llevándose la mano a la rodilla y desplomándose después.

Iko disparó sobre los que estaban al lado del helicóptero.

Pero éstos ya subían al aparato y lo ponían en marcha, elevándose rápidamente.

Namura corrió hacia el herido.

Éste, al verle acercarse, extendió la mano hacia la metralleta que había dejado caer al recibir el balazo.

Adivinando lo que el otro deseaba hacer, Iko se tiró al suelo.

A tiempo.

Las balas pasaron zumbando sobre su cabeza.

Estuvo a punto de disparar sobre aquel granuja, perfectamente visible, ya que se había incorporado. Pero necesitaba hablar con él y saber quién había sido el autor de aquel plan, que tenía por objeto impedir que llegasen a la mina y destruirlos a ser posible.

El otro seguía disparando, loco de rabia, hasta que acabó con el contenido del cargador, haciendo ver a Iko que había llegado el momento de actuar.

Namura se incorporó, avanzando hacia el hombre, sin dejar de vigilarlo un solo instante, ya que bien podía ser que no se le hubiesen acabado las

municiones y esperase el momento de tener al agente de la SIP lo suficientemente cerca para no fallar el último disparo.

Pero entonces un ruido se le echó encima e Iko maldijo el haber olvidado al helicóptero, que ahora se lanzaba furiosamente sobre él.

Dando un salto, evitó de milagro la ráfaga que le estaba destinada, corriendo después como un loco hacia la salvaguardia que el desfiladero significaba en aquellos momentos de peligro.

Más al volverse, ya junto al pasadizo, extrañado de no sentir el aparato tras él, vio que el helicóptero había proseguido su avance, casi rozando el suelo, dirigiéndose hasta donde el herido se encontraba. Éste hizo un gesto con la mano a sus compañeros.

Y entonces ocurrió lo inesperado.

Una serie de llamaradas rojizas brotaron de la ventanilla abierta del aparato, al tiempo que el ruido de los disparos llenaba el ambiente. Y el herido, acribillado a balazos, caía para siempre, quedando inmóvil, mientras el aparato cobraba altura y se alejaba velozmente.

Iko se estremeció.

Acababa de darse cuenta de que le habían matado, con el fin de que no cayera prisionero, ante la imposibilidad de salvarle.

—¡Canallas!

Volvió junto a Mary, diciéndole que le acompañase.

Y junto a la muchacha, avanzó, una vez más, por terreno descubierto, hasta detenerse junto al cuerpo del hombre acribillado.

—¿No hay nada que hacer, verdad? —inquirió, por decir algo.

—Este hombre está muerto.

—¿Le ha visto usted alguna vez?

Ella se fijó en aquel rostro joven.

Luego movió la cabeza.

—No lo he visto nunca —afirmó.

—Fíjese que es un hombre de raza blanca.

—Ya lo veo.

—Eso quiere decir que no era un hombre directamente perjudicado por la situación de los mineros...

—Desde luego.

—El que nos hayan atacado, impidiéndonos ir a la mina, demuestra que hay otros intereses mezclados en todo esto. Pero ¿cuáles serán?

Hubo una larga pausa.

Luego, la doctora preguntó:

—¿Y qué vamos a hacer ahora, Iko?

—No hay más que dos soluciones, Mary: o esperamos aquí que pase un coche, lo que es poco probable, o seguimos nuestro camino hacia la mina.

—¡Pero está muy lejos!

—Ya lo sé. Iremos despacio, no se preocupe... no tenemos prisa —añadió con una triste sonrisa en los labios.

Volvieron junto al destrozado coche.

—Ya ve usted —dijo él—, de nada nos sirve este cacharro. Ha quedado bueno para chatarra. ¿Está dispuesta a andar?

—¿Cuánto habrá de aquí a la mina?

—Una docena de millas.

—Bien. Iremos despacio. Con estos zapatos de tacón alto no podré hacerlo de otra manera.

—Deme el brazo. Yo la ayudaré.

Ella sonrió, apoyándose en el brazo de Namura, empezando a andar poco a poco.

El contacto con la muchacha hizo que la sangre de Iko saltase en sus venas. Un agradable perfume emanaba de ella y el agente se sintió profundamente contrariado al notar que se estaba inclinando peligrosamente hacia algo que no debía interesarle en aquellos momentos.

Recorrieron así un par de millas, hasta que lo que tenía que suceder sucedió.

Uno de los tacones de los zapatos de la doctora se partió por la mitad y ella tuvo que sentarse en la cuneta.

—No puedo más, Iko... permíteme.

Él se había sentado a su lado.

—No se preocupe, Mary. La llevaré en brazos.

Aquella idea pareció divertir a la muchacha.

—Ya sé que usted es muy fuerte, Iko... pero se cansaría.

—¿Lo probamos?

—Bueno.

La cogió, empezando a andar por la carretera. Ella le miraba y él hacía esfuerzos por dominar aquella impresión que le proporcionaba llevarla en brazos.

Hasta que Mary, dándose cuenta de que su cabeza colgaba demasiado, rodeó el cuello de Namura con sus brazos.

Sus rostros estaban ahora muy cerca y el de la muchacha tomó un intenso color escarlata, empezando a respirar con dificultad.

—Iko...

Él se volvió, sin dejar de caminar.

Unos labios entreabiertos se le ofrecían, como un fruto maduro, al alcance de su boca.

No pudo resistirlo...

* * *

Namura tendió el paquete de cigarrillos a la muchacha.

—¿Quieres uno?

—Sí. Enciéndelo tú.

Lo hizo, dándoselo después y viendo cómo ella aspiraba glotonamente el humo, echándolo luego por boca y nariz.

Estaban sentados bajo un árbol. Namura miró a la muchacha y sonrió.

—Eres maravillosa, Mary.

—Me alegra que estés contento.

—Así es, amor mío.

—Después de todo —dijo ella—, nuestro viaje ha servido para que comprendiésemos que nos debíamos el uno al otro.

—Es cierto.

Iko se puso en pie, con el cigarrillo en los labios, echando una ojeada a la carretera, por la que no había pasado un solo vehículo en todas aquellas horas.

Atardecía y el sol se ocultaba casi por entero en el horizonte.

—No me importaría pasar aquí la noche —dijo ella, como si hubiera adivinado los pensamientos del japonés—, si no fuera porque no hemos probado bocado en todo el día.

—Tendremos que seguir, querida. No podemos quedarnos aquí.

—Tienes razón.

—Con un poco de suerte tardaremos tres horas en llegar a la mina. Pero una vez allí descansaremos y comeremos. ¿No te parece?

—Sí... pero ¿no oyes nada?

Iko prestó oído.

Un rumor lejano, que se acercaba, se hacía cada vez más conciso. Hasta que Namura pudo precisar su origen.

—Parecen camiones.

—Sí —subrayó ella, poniéndose en pie—. Todavía tendremos suerte.

—Vienen de la mina... ¡Mira, ahí están!

En efecto, los focos de una larga caravana de vehículos habían aparecido en el horizonte.

—Podremos regresar a la ciudad, Iko.

—Sí. Pero me estoy preguntando qué viene en esos camiones.

—Pronto lo veremos.

Se colocaron en el borde de la carretera, esperando la llegada de los vehículos, hasta que el primero de ellos les vio, deteniéndose a su lado.

El conductor, un japonés, sacó la cabeza por la ventanilla.

—Hemos tenido un accidente con nuestro coche —explicó Namura—. ¿Pueden llevarnos a la ciudad?

—Suban.

Namura vio que el camión, así como todos los que le seguían, estaba abarrotado de hombres.

Subió con Mary a la cabina del camión y cuando éste se puso en marcha

preguntó:

—¿Dónde van ustedes?

—A la colonia. Somos los mineros.

—¿Cómo? ¿Los que estaban en la mina?

—Sí. Ya no hay necesidad de quedarse más tiempo allí: hemos logrado lo que deseábamos.

Iko no daba crédito a sus oídos.

—¿Quiere explicármelo, por favor?

—Desde luego —repuso el otro—. El Consejo de Administración ha estado reunido casi todo el día, junto al Consejo Municipal, estudiando nuestra propuesta.

—¿Y qué?

—Estuvieron discutiendo sin llegar a un acuerdo, todo por culpa del director, que, últimamente, se vio obligado a dimitir.

Iko sintió que un sudor helado le corría por la espalda.

—¿Ha dimitido?

—Sí. Era la única oposición que teníamos para conseguir lo que queríamos.

—¿Quién es el nuevo director?

—El señor Elwood Bruce.

—¿Eh? —saltó Mary, sin poderse contener.

—Así es, señora. Bruce lo ha conseguido todo.

—¿Incluso que la colonia se traslade a la ciudad? —inquirió Mary, sabiendo que aquel era el mayor obstáculo con el que se oponía la Municipalidad.

El japonés se encogió de hombros.

—¡Bah! Eso no tenía importancia, después de todo... El señor Bruce consiguió, a cambio, un aumento de un cuarenta por ciento en el sueldo y una cantidad igual en las primas. ¡Estamos muy contentos de lo conseguido!

Mary preguntó:

—¿Y respecto a muerte de los niños?

—El señor Bruce prometió construir una clínica especial en la colonia, asegurándonos, con un serio juramento, que nunca más moriría un niño de los nuestros.

Iko notó que Mary, a su lado, se estremecía.

—Incluso —siguió diciendo el minero— se han llevado ya a las mujeres que había en el hospital de la ciudad para trasladarlas a la clínica provisional. Mil obreros dejarán de trabajar para construir el nuevo hospital, en un par de semanas.

—¿Y el niño del exdirector?

—Lo llevamos en uno de los camiones. Su padre saldrá a recogerlo de un momento a otro. Cuando les vi, en la carretera, creí que se trataba de él y su

esposa.

—¿Es que no reconoció usted a la doctora Wideman?

—¡Desde luego! —se inclinó hacia adelante, y mirando a Mary la saludó—: ¡Hola, doctora!

—Hola —repuso ella.

Namura estaba confuso.

Se daba cuenta de que al no regresar enseguida a la ciudad había provocado la crisis y se imaginaba lo que el director había resistido hasta presentar la dimisión.

No le agradaba el nuevo director, pero tenía que convenir que había conseguido hacerse con la situación y establecer la normalidad, con unos sacrificios económicos que, dados los colosales beneficios de la VUC, no iban a ser demasiado onerosos para el balance anual de la Compañía.

Fue poco después cuando un vehículo apareció ante ellos, haciendo que el camión se detuviese.

Iko bajó del coche, junto a Mary, comprobando que era el señor Curter el que conducía el vehículo. Un minero trajo del segundo camión al niño. Y el agente de la SIP asistió al emocionante encuentro de Charles y su padre.

—¿Puede llevarnos a la ciudad? —inquirió después de haber saludado al exdirector.

—¡Desde luego! ¡Buenas noches, doctora Wideman!

—Buenas noches, señor Curter.

El coche se puso en marcha.

Y Elmer, después de unos minutos de silencio, dijo:

—No me fue permitido esperarle más, señor Namura. Vi el coche destrozado... ¿tuvieron un accidente?

—Nos atacaron desde un helicóptero.

—¿Es posible?

—Sí. Pero, por ahora, lo importante es que haya usted recuperado al pequeño.

—Eso me importa más que nada, amigo mío. Me apena haber dejado la dirección de la Compañía, que ostentaba desde su fundación. Pero mi Charles vale mucho más.

—Desde luego.

Cuando llegaron a la ciudad Mary rompió el silencio.

—¿Tendría la amabilidad de dejarme aquí, señor Curter?

—¿Dónde vas? —no pudo por menos de inquirir Namura.

—Al hospital. Quiero saber lo que han hecho. Luego nos veremos, si quieres. Puedes llamar o venir a buscarme.

—De acuerdo. Iré primero con el señor Curter. Quiero charlar un poco con él. Me interesa que me explique lo que ocurrió en la reunión.

—Hasta luego entonces.

—No tardaré mucho, querida...

Ella bajó, mirando al vehículo que se alejaba velozmente por la avenida. Prefirió recorrer el camino a pie, a pesar de la molestia que significaba andar con el tacón roto. Pero de esa forma ordenaría un poco sus pensamientos, ya que en poco tiempo habían ocurrido infinidad de cosas.

Empezó a cruzar la avenida, yendo hacia el hospital, que estaba muy cerca.

Y en aquel momento algo le hizo volverse y mirar hacia atrás: una especie de presentimiento que cruzó su mente como un relámpago.

El alarido de horror se ahogó en su boca.

Porque el coche, que avanzaba sin luces, estaba ya encima y no pudo hacer nada por evitarlo.

Al choque, su cuerpo salió lanzado hacia la acera, donde cayó, con un ruido escalofriante, quedando inmóvil, en una grotesca postura, como un muñeco desarticulado.

El vehículo no detuvo la marcha.

Prosiguió su camino, aumentando la velocidad y aprovechándose de la poca circulación se perdió de vista antes de que los estupefactos peatones pudieran hacer nada para perseguirle.

En realidad, todos corrieron hacia la víctima del atropello, comprobando que, desdichadamente, la muchacha había dejado de existir.

CAPÍTULO VII



IENTRAS la señora Curter se llevaba al pequeño hacia el interior de la casa,

su esposo hizo sentar a Namura, ofreciéndole una cena, que el japonés aceptó con verdadero placer.

Y mientras comían, Namura dijo:

—No creí que se viese obligado a dimitir. Pensaba regresar pronto.

—Yo le esperaba a usted ansiosamente —repuso Elmer—. Pero, desde el principio, me di cuenta de que todo estaba contra mí. La actitud de los mineros se estrellaba contra la de la Municipalidad y ninguna de las proposiciones que emití sirvió para calmar los ánimos. De nadie. Y ante la evidencia de que el problema no se resolvería presenté la dimisión, precediéndose a la votación inmediata.

—¿Votaron por Bruce?

—Sí. Tuvo mayoría. Pero yo seguía convencido de que iba a verse obligado a presentar, como yo, la dimisión. Y lo extraño se produjo... Formuló su proyecto, comunicándolo por radio a la mina... ¡Y los mineros aceptaron inmediatamente, olvidando su postura de no transigir en cuanto a situar la colonia en la ciudad!

—Sí que es extraño, aunque, según he oído, Bruce les prometió un aumento de sueldo y de primas...

—¡También lo ofrecía yo!

—¿Entonces?

—Lo que yo no podía prometerles, bajo palabra de honor, como lo hizo, era el que ningún niño moriría como antes.

—¿Cómo lo prometió?

—De una manera impresionante. Dijo: «Yo os digo que ningún niño japonés volverá a morir. Porque si tal cosa ocurriese, yo, sin ser japonés, pero comprendiendo vuestra manera de reaccionar cuando se pierde el honor, me haría el harakiri delante de todos vosotros, en la misma colonia, ante los ojos de todos los mineros...».

—¿Habló de esa manera?

—Estoy repitiendo exactamente sus palabras...

—¡Es increíble!

—Nos hizo temblar a todos.

—¿Y qué opina usted?

—¡Que está completamente loco! ¡No puede prometer algo que nadie podría cumplir! Si lo ha hecho para ganar tiempo, la primera muerte de un niño, en el nuevo hospital, será un fracaso, porque jamás hará lo que ha prometido.

—La situación puede ser grave para él. Conozco a mis compatriotas y sé que no le perdonarán haberles engañado.

—¡Cuando yo le decía antes que Elwoord está completamente loco!

—No comprendo su actitud; ésa es la verdad.

—Desde luego.

Hubo un corto silencio mientras el ayuda de cámara servía el café.

Después, Elmer dijo:

—Estoy pensando en el ataque de que fueron ustedes objeto. Y no lo entiendo...

—Yo tampoco. Hay varias cosas que se me escapan por completo: una de ellas es la del ataque y otra la del misterioso coche que debió llevar a su hijo con el raptor a la mina. Ambas cosas, estoy seguro, fueron realizadas por gente de raza blanca.

—¿Quiere decir que el movimiento de los mineros no nació de ellos?

—No estoy muy seguro de que así fuese. Y si alguien se mueve en la sombra hay que encontrarle.

—Me ha contado usted que mataron a uno de los asaltantes.

—Sí. Comunicaré a la policía su paradero para que vayan a buscarle. Me interesaría que alguien lo identificase. La doctora no le reconoció.

—Ha llegado mucha gente nueva a la City, amigo mío... y no toda de la clase que pudiéramos desear.

—Lo comprendo.

Iko se puso en pie.

—Voy a dejarle, señor Curter. Usted ha recobrado la tranquilidad, que era lo verdaderamente importante.

—Así es. Y, con toda franqueza, agradezco a Bruce que solucionase el asunto de esa manera tan rápida.

—Hasta la vista, señor Curter.

—Hasta la vista y mucha suerte, amigo mío.

—Gracias.

Namura abandonó la mansión, teniendo que molestar de nuevo al secretario para que le transportase al hospital con uno de los coches.

Era ya tarde y las calles estaban casi desiertas.

Una vez en el hospital, Namura experimentó la emoción de estar nuevamente junto a Mary.

En medio de las preocupaciones que le perseguían, la doctora era como un remanso, un oasis delicioso.

Se había enamorado.

Y lo que más temía era el momento en que habría de presentarse ante Callowan, el jefe de la «Spacial International Police», para decirle que... iba a casarse. Lo que significaba su separación de la SIP.

No quería pensar en ello y dirigióse hacia el ascensor, cuando una voz sonó a su espalda.

Se volvió, encontrándose ante una de las enfermeras que ya conocía.

—¿Qué hay?

Había algo raro en la expresión del rostro de aquella muchacha, que le miró con los ojos dilatados.

—¿Qué ocurre? —insistió de nuevo, experimentando una punzada en el

pecho.

—La doctora Wideman ha sufrido un accidente.

—¿Eh? ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado?

—Fue atropellada por un coche...

—Pero...

La muchacha bajó la cabeza, pero no sin que Namura pudiera ver las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Apretó los puños y, haciendo un esfuerzo formidable, preguntó:

—¿Ha muerto?

La enfermera asintió con la cabeza, inclinándola hacia el pecho.

—¿Dónde está?

—En el sótano.

—¿Quiere señalarme el camino?

La muchacha le precedió en silencio, abriendo una puerta una vez en el sótano.

—Está bien. Gracias. Déjeme solo ahora... por favor.

Oyó los pasos de la enfermera que se alejaba. Empujó la puerta, penetrando en la habitación, fría, triste, húmeda.

Allí estaba Mary.

Yacía sobre una amplia mesa de mármol. Le habían cruzado las manos sobre el pecho y su maravilloso perfil, iluminado suavemente por la única luz que pendía del techo, daba un especial relieve a su color de cera.

Namura se acercó.

Despacio...

Una vez al lado de la mesa cayó de rodillas y apoyó la frente en el borde frío del mármol.

No comprendía.

Porque, a pesar de la negrura que reinaba en su mente, una luz se iba haciendo, conducida por la única razón posible.

Se puso en pie.

Y con los dientes apretados dijo en voz alta:

—No sé si me equivoco, Mary... si es así, te ruego que me perdones. Pero, sea como fuere, no descansaré hasta haber hecho pagar esto al que haya tenido la crueldad suficiente para no darte una oportunidad... Adiós, Mary.

Y salió de la gélida habitación.

* * *

—Pare aquí —dijo Iko al conductor del taxi.

Le había hecho detenerse a la entrada a la colonia, despidiéndolo luego y prosiguiendo solo su camino, a pie, penetrando por la ancha calle, que era la más céntrica e importante de aquella aglomeración urbana de los mineros.

Nada más entrar en la colonia, Namura pudo darse cuenta de que la

población japonesa estaba en fiestas.

Miles de farolillos de todas clases lucían en las fachadas de las casas, y sobre las calles un trenzado de banderolas formaban un techo de colores, dando la impresión de que la calle era un recinto ferial.

Las puertas de todas las casas estaban abiertas y, al pasar ante ellas, Iko pudo rememorar las habitaciones del Japón en los grandes días de fiesta, recordando con melancolía su lejano país.

Pero no era aquello lo que le preocupaba en aquel momento.

Alejándose de las casas particulares, el agente de la SIP se dirigió, después de preguntar a una pareja de novios que caminaban enlazados por la acera, hacia la zona de los bares, esperando encontrar allí lo que estaba buscando.

Penetró en el primero.

Era un local amplio, completamente abarrotado por hombres que bebían, charlaban y reían estrepitosamente, expresando de mil maneras distintas el gozo de la victoria que habían obtenido.

Para no llamar la atención, Iko se acercó al mostrador, pidiendo una cerveza, que saboreó despacio. Luego, sacando dinero, dijo al «barman»:

—Oiga. Estoy buscando a Uchino: tengo un recado urgente para él.

El hombre del mostrador le miró con cierta expresión de sorpresa y desconfianza, a pesar de que Namura le había hablado en japonés.

Luego repuso:

—No sé dónde estará. Posiblemente lo encuentre «usted» en «El Dragón Dorado».

—¿Dónde está eso?

—Al final de la calle. Tiene que pasar por delante del terreno donde va a construirse el nuevo hospital. Lo verá enseguida.

—Gracias.

Iko salió del establecimiento plenamente convencido de que había cometido un error. Recordaba perfectamente el tono burlón que el «barman» dio a la palabra «usted», lo que quería decir que todos los japoneses de la colonia se tuteaban.

Y él fue considerado como sospechoso desde el primer momento.

Se encogió de hombros.

Prosiguiendo su camino, llegó al final de la calle. Se adentró en una zona oscura, y pensó serían los terrenos en donde se edificaría el nuevo hospital.

La oscuridad le envolvió.

Se había vuelto un par de veces para comprobar que nadie le seguía. Y prosiguió su camino dirigiéndose hacia la zona iluminada de la fachada del «Dragón Dorado».

Una vez ante la entrada vaciló unos instantes, llevándose la mano a la sobaquera para comprobar que la «Special» salía con facilidad de su funda.

Luego penetró en el interior del local.

Había menos gente que en otros bares. Se acercó al mostrador.

—Una cerveza —pidió.

El «barman», un japonés de colosales espaldas, le sirvió, con una sonrisa extraña en su rostro.

—¿Busca usted a alguien, señor? —inquirió.

—¿Cómo lo sabe?

Pero no fue el «barman» quien contestó.

Al mismo tiempo que alguien o algo le presionaba en la espalda, se oyó una voz:

—Estamos enterados, amigo... y no te muevas... podría ser peligroso.

Una mano hábil le quitó la «Special» y alguien comentó, siempre a su espalda:

—¡Buen «cacharro», amigos! ¡Vuélvete ahora!

Namura obedeció.

Tres japoneses estaban ante él, uno de ellos con un cuello enorme y unos hombros de anchura tremenda: un verdadero coloso que hubiera hecho gritar de gozo a los espectadores de cualquier sesión de lucha.

—Me han dicho que me buscabas —dijo «Cuello de Toro».

—¿Eres tú Uchino?

—Sí. ¿Y tú, quién eres?

—Un hombre que quiere charlar un poco contigo.

—Yo no tengo nada que hablar.

No era «Cuello de Toro» el que estaba armado. Era el japonés de su derecha, que empuñaba una pistola.

—Haces muy mal en no querer hablar conmigo.

—Todavía no me has dicho quién eres.

Pero Iko, testarudo, preguntó:

—¿Quién ordenó la muerte del jefe de personal Uchino?

El japonés lanzó una carcajada.

—¡Ahora ya entiendo! —exclamó—. ¡Tú debes ser de la «poli»! El agente de la SIP. ¿Es que he acertado?

—Puede ser.

—Pues aquí no tienes nada que hacer, amigo... Sabrás que la policía considera la muerte del jefe de personal como un accidente.

Iko preguntó:

—¿Y el rapto del hijo de Curter?

—El niño está ya con su padre.

Iko le miró fijamente. Luego preguntó:

—¿Y el asesinato de la doctora Wideman?

Notó que Uchino se había sorprendido.

—¿Cómo? ¿Han matado a la doctora?

—Así es.

—Nosotros no sabemos nada. Ningún minero hubiera sido capaz de atentar contra la vida de la doctora.

—Ya lo sé. Pero yo necesito hablar contigo.

—Pierde el tiempo, policía. Lárguese de aquí y deje que pasemos una noche agradable. ¡Devuélvele la pistola, Sahita!

El otro obedeció y Namura guardó el arma.

—Está bien —dijo—. Por el momento, Uchino, las circunstancias te favorecen. Pero puedes estar seguro de que no será ésta la última vez que nos veamos.

—¡Lárguese y deje de amenazarme! Sabe que si no fuese de la «poli» le troncharía en dos como una caña seca... ¡Váyase ya!

Namura comprendió que no iba a ganar nada con aquello permaneciendo allí.

Obedeció, abandonando el «Dragón Dorado», alejándose hacia la zona sombría donde iba a construirse el hospital.

«Tendré que tener paciencia —se dijo, mientras caminaba con un regusto de amarga derrota, en la boca—. Esperaré a que los niños vuelvan a morir y que los mineros tornen a manifestarse. Quizás entonces pueda saber qué relación hay entre estos hombres y los blancos que nos atacaron en la carretera. Por el momento voy a llamar a Callowan e informarle de todo lo que ha ocurrido».

CAPÍTULO VIII



EGRESA Japón. Iré a verte dentro de pocos días. Firmado:

Donald Callowan».

Iko leyó por enésima vez el cablegrama, mientras, recostado en el sillón de la astronave, regresaba a la Tierra.

Había fracasado.

Por muchas vueltas que diese al asunto, debía confesar que, por primera vez, se había encontrado ante un muro impenetrable. Y a pesar de lo que había hecho, los acontecimientos le habían mantenido al margen de toda actividad.

¿Para qué su viaje a Venus?

En principio para descubrir lo que podía ocultarse tras la aparatosa muerte de Nakuda y su escalofriante «harakiri» en el centro de la City. Era evidente que Callowan temía que aquella vuelta a las viejas costumbres japonesas podría hacer reverdecer el hábito de las asociaciones secretas, cosa que parecía haber ocurrido cuando los desesperados mineros se apoderaron de la mina.

Pero la acción de los japoneses no había salido de los márgenes de un movimiento social o laboral, que había terminado con una solución lógica, ya que todo había vuelto a la paz del principio.

Había, no obstante, dos cosas que podían dejar de explicar los acontecimientos con claridad:

Primero: la muerte violenta del jefe de personal, que, después de todo, podía haber sido, como dijo Uchino, un acto colectivo, incontrolable.

Segundo: el rapto del pequeño Charles Curter, que también podía explicarse como un acto destinado a obligar al director a ceder, ya que deseaban que se diese cuenta de los peligros que encerraba la explotación de la mina de uranio.

Todo esto podía contestarse satisfactoriamente.

Y nadie hubiese negado que lo ocurrido entraba en el campo de la lógica más exigente.

Pero...

Porque había un «pero»; es decir, dos, que no podían explicarse de manera alguna: el intento de asesinato, cuando fueron atacados por el helicóptero, y la muerte de Mary Wideman.

Ambos actos demostraban la existencia de «alguien» de raza blanca que estuvo interesado, primero, en impedir que la muchacha y el agente de la SIP llegasen a tiempo a la mina, y, en segundo: que habían decidido la muerte de la doctora como algo necesario.

¿Por qué?

Días más tarde, ante Callowan y en su propio despacho de Tokio, Namura preguntaba otra vez:

—¿Por qué? ¿Para qué matar a esa muchacha que, después de todo, no dejaba de ser un elemento que los japoneses admiraban y que podía jugar un papel importante en el nuevo hospital?

—¿No crees se trató de un simple y fatal atropello?

—No. Los culpables huyeron, y de lo que luego pude averiguar al día siguiente, ayudado por la policía local, se deduce que el coche iba con las luces apagadas y que se lanzaron adrede sobre la doctora, huyendo después del accidente. No hay duda alguna, señor, de que se trata de un crimen.

—¿Y por qué lo hicieron?

—¡Eso querría yo saber!

Donald se pasó la mano por la frente; después dijo:

—Si la muerte de la doctora fue un asesinato, creo que los responsables tendrían que ser los mismos que ametrallaron el coche y silenciaron con la muerte a su compañero, que tú heriste.

—¿De eso no hay duda.

—¿Y no sospechas de nadie?

—¡Claro que sí! Lo que ocurre, señor Callowan, es que me da miedo pensar en que puedo tener razón... ya que hay un detalle que tira mi hipótesis por el suelo.

—Explícate, de todos modos.

Namura encendió un cigarrillo.

Luego empezó diciendo:

—Examinando las cosas con un poco de detalle, puede llegarse a la conclusión de que sólo a una persona interesaba impedir nuestra presencia en la mina.

—¿A quién?

—A Elwoord Bruce, el actual director de la VUC.

—¿Por qué?

—Porque de haber llegado a la mina, la doctora Wideman, estoy completamente seguro de ello, hubiera convencido a los mineros de que no debían retener al pequeño Charles. Una vez hubiésemos regresado con el pequeño, jamás hubiera dimitido el señor Curter.

—Es muy probable; pero ¿qué solución se hubiera dado al conflicto?

—Eso, francamente, no lo sé.

—Yo creo —dijo Callowan— que sólo la solución dada por el nuevo director hubiese calmado los ánimos, como así ocurrió, ya que consiguió que el conflicto terminase.

—¡Pero a qué precio!

—¿Qué quieres decir?

—Que tuvo que hacer una absurda promesa, diciendo que se suicidaría públicamente si faltaba a ella.

—¿Te referes a lo que dijo de que ningún niño japonés volvería a nacer muerto?

—Sí.

—Pues, por las noticias que tengo hasta ahora, la ha cumplido, Iko.

Namura dio un salto.

—¿Eh?

—Lo que oyes, muchacho. Han nacido, en las instalaciones provisionales, desde que tú saliste de Venus, once niños... todos ellos perfectamente sanos, vivitos y coleando.

—Pero... ¿cómo ha podido?

—No sé cómo, Namura: pero lo cierto es que lo ha conseguido.

Iko sintió que algo se derrumbaba en su interior. Era como si una nube negra hubiese cubierto, de repente, la luz que sus hipótesis parecían haber aportado al caso que estudiaba.

—¡No lo comprendo! —terminó confesando.

—Lo que comprenderás es que Bruce ha conseguido un éxito completamente inesperado y que no encaja en ninguna lógica.

—Desde luego. Pero esa victoria no impide que siga creyendo que él está detrás del ataque que sufrimos en la carretera, para evitar que llegásemos a la mina y regresásemos a la reunión... y también detrás de la muerte de Mary.

—Debes permitir que dude un poco de esto último.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque Mary Wideman y Elwoord Bruce estaban casados desde hacía ocho años.

Indudablemente, aquel era el día de las sorpresas.

Y Callowan sonrió al ver la expresión de asombro que aparecía en el rostro del agente.

—¿Sorprendido? —inquirió.

—Sí, señor...

—Comprendo lo que piensas. Pero yo no tengo culpa alguna. Desde que me enviaste el primer informe, ordené hacer investigaciones y resultó, de las iniciales, que esas dos personas eran marido y mujer desde hace ocho años. Claro que se habían casado casi en secreto, en Santa Mónica, no lejos de Los Ángeles.

Iko exclamó:

—¡Parece increíble!

—Es cierto, muchacho. Todo lo demás es mentira: que querían casarse, que estaban prometidos. Y como me decías en tu informe... enfadados.

—¿Cree usted que Mary pudo mentirme hasta tal punto?

—Yo no sé si fuiste un juguete de esa mujer o si ella tuvo que utilizarte

como tal, en contra de los sentimientos que experimentabas hacia ella.

—¿Mis sentimientos? ¿Cómo sabe usted...?

Callowan sonrió.

—Si yo no supiese leer entre líneas, cuando mis agentes me escriben, estaría bien arreglado, muchacho. Me di cuenta enseguida de que te habías enamorado.

—Yo...

—No, no me debes explicación o excusa alguna. Pero, como ves, es bastante raro que Elwoord ordenase la muerte de su propia esposa.

—¿Y por qué ocultaron su matrimonio?

—Eso es lo que debemos averiguar, Iko. Ya te darás cuenta de que este asunto es muchísimo más complicado de lo que nos pareció al principio. De todos modos, si te he dicho de volver a la Tierra, ha sido por dos causas: la primera y más importante para que dejases tranquila la situación de Venus... Tenemos que esperar, para ver cómo evoluciona, ya que el triunfo de Bruce no significa nada. Lo segundo era por ver hasta dónde te había afectado la muerte de la doctora Wideman.

Namura miró a su jefe, a los ojos.

Luego dijo:

—Mucho, señor Callowan.

—Lo comprendo. Pero ya sabes, Iko, que yo no podía dejarte la continuación del asunto en las manos mientras no supiese si ibas a moverte en él con tus emociones y sentimientos a la espalda: no hay duda de que un agente impresionado y dolorido no sirve, hasta que se le haya pasado todo.

—Yo sufrí de ambas cosas, señor Callowan. Pero ahora estoy dispuesto a seguir... aunque dudo que haya una continuación lógica.

Donald sonrió.

—Tengo que darte la razón, muchacho... No hay nada lógico por el momento en este asunto. Pero, después de haberte visto, ya estoy tranquilo y puedo regresar a la Central para seguir otro asunto interesante, desde allí. Creo que si te proporcionan los datos suficientes, podrás volver a Venus y cerrar este enojoso asunto.

—¿Y quién va a darme esos datos?

—Yo no he dicho que te los diesen... con toda seguridad. Pero —agregó, sacando un papel doblado de la cartera—, por el momento, irás a visitar a la persona cuyo nombre y dirección están aquí. ¿Entendido?

—De acuerdo.

—Y no olvides —dijo aún Callowan, poniéndose en pie— que llevo mucho tiempo sin fumar uno de mis habanos.

Ahora fue Namura quien esbozó una sonrisa.

—Haré lo posible —dijo— para que pueda fumar pronto.

Se estrecharon cordialmente la mano y Callowan abandonó el despacho del japonés después de desearle suerte.

Al quedarse solo, Iko abrió el papel, leyendo su contenido:

Doctor Fijuki. Clínica Harosima
2345 Shamida Street. Tokio

Frunció el entrecejo, pero reflexionó muy poco, abandonando seguidamente el despacho para ir directamente a su coche, y con él, a la dirección que indicaba la nota.

La Clínica Harosima estaba situada en uno de los barrios más elegantes de la capital japonesa. Era un gran edificio rodeado por un jardín de plantas y árboles minúsculos, preciosamente cuidados.

Había una enfermera en el vestíbulo y el agente de la SIP se dirigió a ella.

—¿El doctor Fijuki, por favor?

—Es el director. ¿Qué desea?

—Verle. Es urgente. Dígale que soy un agente de la Spacial International Police.

—Un momento, señor...

—Namura.

Momentos después, la enfermera le indicaba una puerta, al extremo del vestíbulo:

—Allí le espera nuestro director, señor Namura.

—Gracias.

Al abrir la puerta, Iko se encontró en una sala despacho, con una mesa tras la que se hallaba de pie, un hombre alto, delgado y con gafas. Tenía un aire inteligente y despierto. Una sonrisa entreabría ligeramente sus labios finos.

El otro le tendió la mano, que Iko estrechó. Luego, señalándole un asiento:

—Acomódese, señor Namura. Esperaba la visita de uno de ustedes.

—¿Ha visto usted al señor Callowan?

—No. Le llamé desde aquí, a Washington; es decir, para concretar más, llamé al doctor Sullivan, de la SIP.

—Entiendo.

—Verá usted, señor Namura... me he encontrado, hace una semana, con un caso bastante raro. Ya se habrá dado usted cuenta de que ésta es una Clínica de Pediatría. Nos ocupamos sólo de niños y de sus enfermedades. Como le iba diciendo, hace sólo unos días llegó aquí una familia con su único hijo. El niño tenía unas placas en el cuerpo que ha resultado, después de detalladas observaciones, lesiones producidas por la radiactividad.

El agente preguntó:

—¿Dónde viven sus padres?

—Fuera de cualquier zona en la que la dolencia del pequeño pudiera explicarse lógicamente. Tampoco habían visitado las zonas donde se trabaja con materiales radiactivos, ni tenían amigo alguno ni conocido ni familiar que

manejase ninguna de esas sustancias.

—¿Entonces?

—Ya comprenderá mi extrañeza, ya que no conocía ningún caso en que apareciese una enfermedad sin una causa lógica. Por eso tuve una larga y sincera conversación con los padres.

—¿Qué le dijeron?

—Un momento, amigo mío. Comprendo su impaciencia, pero es mejor seguir un orden. Los padres de ese niño, que creo, lograré salvar, pertenecen a una de las mejores familias de Tokio. Gente inmensamente rica... pero estéril.

—¿Eh?

—Lo que oye usted. Se casaron hace quince años y no han tenido hijo alguno.

—¿Entonces... ése?

—Ha sido adoptado, pero en condiciones que me hicieron sospechar algo raro. Por eso llamé a la SIP. Según las manifestaciones de los padres, adoptaron al niño, hace tres años, ésa es la edad del pequeño, por medio de un procedimiento extraño.

—¡Dígame cuál! ¡Estoy sobre ascuas!

El doctor sonrió.

—A eso voy, señor Namura. Hay una peluquería de señoras muy importante en Tokio: la «Isohamina»; es decir, el Templo de la Belleza, puesto que también hay allí un Instituto de Belleza de los más importantes. Es natural que la clientela sea selecta.

—Comprendo. Siga, por favor...

—El director es un hombre llamado Nakumo: un tipo inteligente, por lo visto. Cuando una dama llega allí, es natural que se confíe, durante una larga permanencia en los salones, con las empleadas que la atienden. Cuenta un poco su vida, y en el caso de que se calle, las muchachas le tiran un poco de la lengua. ¿Me comprende, eh?

—Perfectamente.

—Así ocurrió con la dama en cuestión. Confesó que no tenía pequeños y que daría cualquier cosa por tenerlos. Ya sabe usted lo difícil, por no decir imposible, que es eso en la Tierra. Pero el señor Nakumo habló con la señora, prometiéndole un niño sano, en perfectas condiciones... a cambio de recibir quinientos mil créditos.

—¡Medio millón!

—Así es, amigo mío. Y la señora pagó, recibiendo un hermoso niño. Pero aún hubo algunas condiciones para que le fuera entregado.

—¿Cuáles?

—Nakumo podía prometer lo que nadie: dar un niño que pareciera ser hijo natural de la madre adoptiva. Durante unos meses, nueve concretamente, la señora en cuestión abandonó su casa y sus amistades, volviendo sólo un par de veces y simulando una gestación. Y cuando reapareció definitivamente lo

hizo con un bebé de unas semanas. ¿Comprende?

—¡Es espantoso!

—No lo crea. Para la madre, se sumaba todo el orgullo de hacer creer a los demás que el pequeño era suyo. Y tenía más ventaja que las madres naturales, ya que podía elegir el sexo antes de nacer.

—Había pagado medio millón de créditos, pero consideraba que no le habían engañado...

—¿Y el niño?

—A eso vamos, señor Namura. El niño debió estar en contacto con una zona peligrosamente radiactiva; pero ¿dónde?

Iko no pudo contenerse.

—¡Yo lo sé!

—Mejor. Ahora que tiene usted los elementos necesarios, puede obrar en consecuencia. ¿No es así?

Namura se puso en pie.

—Acaba usted de hacerme —dijo— un gran favor. ¡Muchísimas gracias, doctor!

—Todo ha sido una pura casualidad. Si ese niño no hubiera enfermado de una manera tan misteriosa, jamás habiéramos sabido nada.

—Lo sé. Voy a ir a ese Instituto de belleza. Tengo que charlar un poco con ese señor Nakumo.

—Si necesita algunos datos más, ya sabe que me tiene a su disposición.

—Muy agradecido por todo, doctor. Hasta la vista.

—Adiós.

Iko salió de la Clínica con el corazón rebosante de gozo.

¡Por fin había aparecido lo que tanto esperaba!

Y ahora, al poder unir los eslabones que faltaban en la misteriosa cadena del asunto, se daba cuenta de la amplitud del crimen que se había estado cometiendo.

Momentos después detenía su coche ante el elegante edificio del Instituto de Belleza.

CAPÍTULO IX



¿L señor Nakumo?

Ante él había una jovencita extraordinariamente bonita, vestida con una bata verde, sobre la que se leían las iniciales del Instituto. Y la belleza de la muchacha era, en verdad, una propaganda para aquel centro.

—¿De parte de quién, señor? —inquirió, con una encantadora sonrisa.

—Soy un padre atribulado... uno de mis amigos me ha hablado del señor Nakumo y querría...

—Un momento.

Pero tuvo que esperar quince minutos. Luego una señorita tan encantadora como la anterior, le acompañó a un lujoso despacho, tras el que se encontraba hombre bien vestido, de rasgos agradables, con de gruesa, montura y una sonrisa comercial en la boca.

—Siéntese, por favor, señor...

—Namura.

—¿Namura? No recuerdo este nombre.

—Es natural. Vivo en la India.

—¡Ah!

—Tengo allí grandes propiedades. Y para ir directamente al asunto le diré que... llevo cinco años casado y no tengo descendencia. Uno de mis amigos me ha hablado...

—¿Quién, señor Namura?

—El señor Ikusiki (era el nombre que le había dado el doctor).

El otro sonrió.

—En efecto. Atendimos a ese señor hace tiempo. Pero ahora, lamentándolo mucho, no podré servirle.

—¿Por qué?

—Ya no es posible, señor Namura.

—Pero yo estoy dispuesto a pagar lo que sea.

—Le digo que es imposible.

—¿Incluso si pagase un millón?

—No es posible.

Iko insistió:

—¿Dos millones?

Nakumo consideró detenidamente a su visitante.

—Es una suma enorme, señor mío.

—Estoy dispuesto a pagarla.

Vio Iko que el otro se pasaba la lengua por los labios, como una fiera ante la que se presentase una presa fácil y sabrosa.

—No puedo —dijo después—. Ya no nos llegan niños.

—¿No podía hacer una excepción?

—Le digo que lo siento muchísimo...

Namura se puso en pie.

—Está bien. Muchas gracias de todos modos.

Se levantó también el elegante individuo, dando la vuelta alrededor de la mesa para acompañar a Namura hasta la puerta.

Pero éste, cuando el otro estuvo a su lado, mirándole fijamente le preguntó:

—¿Cuántos niños ha vendido en estos cinco años?

Parpadeó Nakumo, frunciendo luego el entrecejo.

—No le entiendo.

—Pues he hablado muy claro. ¿Cuántos niños de la Colonia japonesa de la «VUC», en Venus, señor Nakumo?

—No entiendo una sola palabra de lo que dice. Además, le ruego que abandone el despacho... tengo muchísimo trabajo.

Iko no esperó más.

El canto de su mano derecha se levantó, cayendo sobre la mesa de despacho, con un estrépito formidable. La fuerte madera se abrió de lado a lado, en una amplia e impresionante fisura.

—¿Se da cuenta, «señor» Nakumo? ¿Se imagina lo que sería un golpe como éste sobre su cabeza de chorlito?

El hombre retrocedió, pero la mano derecha de Namura le cogió por una de las mangas de su elegantísimo traje.

—¡Un momento, microbio! ¡No tan aprisa! Vas a contestar a todas las preguntas que te haga... y pronto. El que no tiene mucho tiempo que perder soy yo. ¿Entendido?

Nakumo tenía la frente perlada de sudor y no hacía más que echar desamparadas miradas a las enormes manos del agente.

Éste le empujó, violentamente, obligándole a sentarse en uno de los sillones.

—Vamos a empezar, amiguito. Cuéntamelo todo, despacio y en orden. Luego veremos lo que se decide.

Temblando, el hombre obedeció.

Durante cerca de una hora, habló, deteniéndose sólo cuando Iko le interrumpía con sus preguntas.

Finalmente, cuando terminó, secóse el sudor que perlaba su frente.

Iko seguía sintiendo un escalofrío de horror que le recorrió, durante todo el relato, la espalda.

—Está bien —dijo, cuando el otro se calló—. Ahora vas a escuchar y a obedecerme. Voy a dejar a uno de mis agentes a tu lado mientras yo regreso a Venus. Ese hombre no se separará de ti ni un solo momento. Y pobre de ti si intentas engañarnos...

—Haré lo que usted mande.

—Eso me gusta más. Escucha.

Nakumo le escuchó atentamente.

¡No tenía otro remedio!

Porque al pensar que una de aquellas manos podía golpearle, las piernas le flaqueaban.

* * *

Elwoord encendió otro costoso cigarrillo, recostado en el sillón de su amplísimo y lujoso despacho de la dirección de la VUC.

Tenía el telegrama sobre la carpeta y lo había leído media docena de veces.

—Un millón de créditos —susurró, entornando los ojos.

Era una cifra importante, a pesar de que estaba ganando muchísimo dinero. Pero el que los billetes ingresaran a montones en su cuenta particular, no era motivo para desperdiciar la hermosa suma de un millón.

Aunque.

Su cerebro trabajaba intensamente.

Había conseguido meterse a los obreros japoneses en el bolsillo, convirtiéndose en una especie de dios para ellos. Podía ir a la Colonia sin temor, cosa que no había hecho jamás el director que le precedió en el cargo. Y siempre era recibido de una manera entusiasta, le vitoreaban mientras recorría las calles, sensiblemente mejoradas, de la pequeña ciudad minera.

Cuando llegaba al hospital, un cortejo de madres japonesas, profundamente agradecidas, seguían su coche, lanzando vivas que no cesaban hasta que su vehículo abandonaba la Colonia.

También consiguió un mayor porcentaje en sus ya colosales comisiones, pues el Consejo debía inclinarse ante él, que había sido el hombre providencial que consiguió resolver el más peligroso problema que, desde su fundación, se había planteado a la VUC.

—Tengo que obrar con mucho cuidado... —se dijo.

Pero el telegrama estaba allí, delante de sus ojos, atrayéndolo con su color azulado y las letras que, en la clave convenida, significaban, nada menos, que una unidad seguida de seis maravillosos ceros.

—Un millón...

No podía dejar pasar aquella única ocasión. Después de todo, podría arriesgarse, empleando un caso de confianza, entregando una prima de la compañía que no le costaría ni un centavo de su bolsillo.

Su cerebro trabajaba febrilmente.

La posibilidad de hacerlo en colaboración con un doctor del nuevo hospital, le sedujo al principio, pero abandonó enseguida la idea, pues un cómplice puede comprometer y, tarde o temprano, hay que deshacerse de él, con los consiguientes peligros para lograrlo.

Se dio una palmada en la freíte.

—¡Ya está! —exclamó—. ¡Qué estúpido he sido! Uchino me ayudará por un centenar de billetes grandes...

Descolgó el teléfono.

—Señorita —ordenó—. Comunique con la mina y diga al nuevo Jefe de Personal que venga a verme cuanto antes. Que coja uno de los helicópteros de servicio. Dígale que es urgentísimo.

—Bien, señor director.

Colgó, sonriendo.

Luego encendió un nuevo cigarrillo.

¿Cómo había podido olvidar al fiel Uchino, que había colaborado con él desde el principio y estaba al corriente de todo, considerándose pagado con el nombramiento de Jefe de Personal, que ya había preparado él mismo cuando hizo ahorcar al anterior, a Walter?

Una hora más tarde, le anunciaban la llegada de «Cuello de Toro».

Uchino fue introducido en el despacho y Bruce le hizo sentarse, mostrándole después el telegrama, cuyo contenido le tradujo:

—Hay un millón de créditos por un niño, Uchino. ¿Qué te parece?

«Cuello de Toro» frunció el entrecejo.

—Muy interesante... pero peligroso. ¿No lo cree, señor Bruce?

—Ya lo sé. Pero si te he llamado es para encontrar una fórmula de poder hacerlo, sin provocar demasiado escándalo.

—No sé...

Uchino reflexionaba, sin dar con la solución.

Bruce preguntó:

—¿No tienes algún amigo que vaya a ser padre?

—Sí. Varios.

—¿Ninguno de confianza?

—¡Sí! ¡Atusi!

—¿Quién es?

—Un muchacho que nos ayudó mucho al principio. Estuvo conmigo en la «campana» que convertimos en Puesto de Mando.

—¿Sabe algo?

—No. Es un idealista.

—Peligroso entonces...

—Sí, pero yo no estaba pensando en eso.

—¿Entonces?

—No resiste al alcohol. Podría emborracharle y convencerle de que sería un héroe llevando a su mujer al antiguo hospital, para demostrar a todos que no existe enfermedad alguna que mate a los niños al nacer.

—¿Crees que sería tan tonto como para creer todas esas historias?

—Normalmente, no. Pero con la cabeza llena de vapores de alcohol, sí.

—¿Dónde está su mujer ahora?

—En su casa. Va a ingresarla en la Clínica dentro de un par de días.

Bruce sonrió.

—Tendrás cien mil créditos para ti si consigues que lleve esa mujer al antiguo Hospital.

—Es como si los tuviera ya en el bolsillo. Pero... ¿quién va a hacer lo otro? Ahora no está la doctora.

Bruce frunció el ceño.

—Eso no tiene importancia. Lo haré yo mismo... Tengo todavía dos «cuerpecitos».

—Está bien.

—Tú no tienes más que hacer que ese tipo lleve a su mujer al Hospital antiguo. ¿Recuerdas lo del «embalaje»?

—No lo he olvidado.

—Lo harás tú solo. ¿Podrás?

—¡Naturalmente!

Bruce le dio una palmada.

—¡Estupendo, Uchino! Comunícame cuando la mujer estará en el Hospital de la City. Y no dejes a ese tipo que se serene mucho hasta que hayamos terminado el trabajo.

—No se preocupe, señor Bruce: eso corre de mi cuenta.

* * *

—¡Claro que sí, Uchino!

—Ya sabía yo que eras un valiente.

—No hay que serlo —replicó Atusi, cogido del brazo de su amigo, única manera de poder tenerse en pie—. Eso de la enfermedad ha desaparecido ya. ¿No has visto que la Colonia se ha llenado de niños?

—Sí.

—¡Y el mío será la prueba de que ya podemos estar tranquilos por completo! Nacerá en la ciudad y demostraré así a los demás que he tenido el valor de llevar a mí mujer al otro Hospital, que ha sido el coco de los nuestros durante tanto tiempo.

—¡Eres un valiente!

—¿Verdad que sí?

—Aunque hay algo que quería preguntarte.

—¡Pregunta lo que quieras, amigo mío!

—¿Y tú mujer?

—¿Qué quieres decir?

—¿Crees que aceptará, así como así, el ir a la City?

Atusi frunció el entrecejo.

—Es verdad —dijo después—. Es nuestro primer hijo y ella tendrá miedo y no querrá, hacerme caso.

—Yo había pensado en ello, Atusi. Y traigo unas gotas de un somnífero, que podría dejarla dormida hasta que el médico le presentara al recién nacido.

—¡Eres grande, Uchino! ¡Has pensado en todo!

—Es ya de noche, y ella debe dormir. Le echas estas gotas en el alimento que tome, al despertarse. ¿Porque tomará algo, verdad?

—Sí. Cada mañana toma una dosis de vitaminas.

—Perfecto. Yo te espero fuera de tu casa y seguimos la juerga. ¡Hay que celebrar tu triunfo!

—¡Desde luego!

Estaban ya junto a la casa de Atusi y Uchino esperó pacientemente hasta, que el japonés salió, tambaleándose.

—¡Ya está! —exclamó, abrazándose a su amigo.

—¿No la habrás despertado, eh?

—No temas. Duerme como un tronco. ¿Vamos?

—¡Adelante!

* * *

Elwoord recibió el aviso de «Cuello de Toro» en las primeras horas de la mañana.

—Dentro de media hora salimos para el Hospital, señor.

—¿Y la mujer?

—Dormida. Le di unas gotas de somnífero.

—Muy bien hecho. Voy para allá.

—Bien.

—¿Y Atusi?

—Roncando a mi lado. Le despertaré para llevarle en el coche.

—De acuerdo. Hasta luego.

—Hasta luego.

Bruce colgó el aparato. Seguidamente abandonó el despacho, para dirigirse al Hospital en uno de sus coches.

Una vez en el despacho de la doctora Wideman, y mientras se ponía una bata blanca, los recuerdos se agolparon en su mente.

Pero los desechó, con un gesto vago.

No se arrepentía de nada de lo que había hecho.

Puesta la bata y el minúsculo gorro blanco, tomó uno de los ascensores, recorriendo luego el pasillo donde se hallaba la sala de la puerta gris, que no

se había vuelto a abrir desde que Mary murió.

Sacando un llavero, tomó una de las llaves. Y procuró abrir la puerta sin hacer ruido.

La mesa estaba vacía. Y él se dirigió hacia el armario frigorífico, situado al fondo, abriéndolo de golpe.

Había allí, en el interior dos minúsculos cadáveres, arrugados y fríos, que tocó con las manos enguantadas.

«Todavía se conservan bien» —se dijo, con una sonrisa.

Escogió uno de los cuerpecitos, colocándolo luego sobre la mesa. Y abandonando la sala, que no cerró con llave, dirigióse de nuevo hacia el despacho de Mary.

Uchino estaba en la puerta.

—Hola —saludó «Cuello de Toro».

—Pasa.

Y una vez estuvo cerrada la puerta, preguntó:

—¿Qué hay?

—La mujer está en su habitación.

—¿Será hoy, verdad?

—Sí. La enfermera está ya a su lado.

—Diré que me deje a mí. ¿Sigue dormida?

—Sí.

—¿Y el marido?

—Atusi está en la sala de espera, abajo. No ha querido beber más y ha pedido un poco de café.

—No está mal. En cuanto yo te llame, coges al niño y lo llevas abajo. Creo que hay cajas aún. Lo metes y lo llevas a la fábrica, a la sección de embalaje, haciendo, lo de siempre. ¡Ten cuidado con la carga que le pones!

—Tendré cuidado.

Bruce sonrió.

—No olvides, Uchino, que ese niño vale su peso en oro.

—No lo olvidaré.

—Bien. Espera aquí.

Bruce salió del despacho. Se colocó la mascarilla, y tan sólo sus ojos quedaron al descubierto. Luego se dirigió a las habitaciones de las pacientes, preguntando a una de las enfermeras dónde se hallaba la señora Atusi.

—En la 444, doctor.

—Gracias.

—¿Es usted nuevo en el hospital?

—Sí. Soy el médico particular de esa señora.

—Bien.

Bruce, seguro de no haber sido reconocido, se dirigió a la 444, haciendo que la enfermera saliese de la habitación.

Luego se acercó a la paciente.

La muchacha había abierto los ojos y una luz de esperanza se leía en ellos.

CAPÍTULO X



TUSI notaba que la niebla que había en su mente se iba disipando a toda velocidad.

Al mismo tiempo, vagos recuerdos aparecían en su conciencia, acordándose de lo que había ocurrido hacía dos días... o tres.

Porque de una cosa no podía estar seguro: del tiempo transcurrido.

Se levantó, terminando de beber la taza de café que tenía ante la mesita de la sala de espera, que abandonó seguidamente.

Sabía que se encontraba en el Hospital de la City y recordaba todo lo que había hecho.

Tenía miedo.

Ahora, despabilado, se daba cuenta del peligro que estaba haciendo correr a su esposa, aunque no reprochaba nada a Uchino que, después de todo, había

querido que él demostrase a la Colonia entera que no tenía miedo.

Pero lo tenía.

Y mucho.

Por eso, una vez fuera de la sala, se dirigió hacia una enfermera que había en el *hall*, tras un pequeño despacho.

—¡Oiga!

—¿Qué desea?

—¿En qué habitación está mi esposa? ¡Quiero llevármela ahora mismo de aquí!

—Un momento. ¿Cómo se llama usted?

—Atusi.

—Un segundo.

La muchacha telefoneó, escuchando atentamente lo que le decían. Su expresión, a medida que escuchaba, se hizo sombría.

Luego colgó.

Y mirando a Atusi, le informó:

—Su esposa está en el 444...

—¡Gracias! —exclamó él, echando a correr hacia las escaleras.

—¡Eh, un momento, señor Atusi!

Pero él ya no la escuchaba.

Subió los escalones, de cuatro en cuatro. Una vez en el cuarto piso, corrió hasta detenerse en la puerta del número 444.

Y, decidido, la abrió.

Un médico estaba allí, al lado de su esposa, que parecía dormir.

—¿Eh? —dijo el médico—. ¿Qué es esto? ¿Quién es usted?

—Soy Atusi... su esposo —y el joven señaló a la mujer adormecida.

—Podía haber esperado a que le llamasen.

Atusi preguntó:

—¿Qué le ocurre a mi mujer?

—Hemos tenido que anestesiarla. Ha sido difícil...

Atusi temblaba.

—¿Y mi hijo?

El médico le miró a los ojos.

—Lo siento, señor Atusi, ha nacido muerto... puede ver su cadáver en la sala de abajo. Créame que lo lamento, pero no hemos podido hacer nada...

Atusi bajó la cabeza.

Mecánicamente, como un robot, abandonó la habitación, dirigiéndose hacia las escaleras.

Su mente se había cerrado por completo a toda idea y su espíritu estaba completamente vacío.

Abandonó el hospital, empezando a andar por las calles, sin saber hacia dónde iba, tropezando con los transeúntes, que le miraban extrañados.

Finalmente, un recuerdo se abrió camino en su cerebro. Y fue como una llamada interna que le cegase el alma. Toda la savia de la raza corrió por sus venas, encendiendo su sangre. Y entonces levantó la cabeza, creyendo saber por fin, hacia dónde se dirigía.

No tardó en penetrar en una tienda de objetos para regalo, comprando una corta espada damascena, que se llevó envuelta en el papel que el empleado le había dado.

Estaba decidido.

Haría como Nakuda, como todo japonés que no se sentía con fuerzas de seguir viviendo después del horrible fracaso que acababa de sufrir.

Cuando estuvo en el centro de la ciudad, en el mismo sitio en que Nakuda se había quitado la vida, arrojó el papel que cubría la espada y lanzó un grito de aviso.

Los transeúntes se detuvieron, horrorizados, mirando a aquel hombre que, con la espada en la mano, parecía haber perdido la razón.

—¿Habéis olvidado a Nakuda, miserables? —inquirió, con voz de trueno —. ¡Él perdió a su hijo y tuvo el coraje de irse tras él! ¡Igual me acaba de ocurrir a mí y voy a hacer lo mismo!

Levantó la espada, apuntando al lado izquierdo de su vientre.

Pero en aquel momento, algo se movió a su lado. Un brazo que descargó un golpe sobre el suyo armado, alcanzándole con el canto de la mano. Y la espada se desprendió de los dedos de Atusi, yendo a parar al centro de la calzada.

El joven se volvió, con los ojos llenos de cólera.

Había un hombre alto a su lado, que le cogió por los brazos, haciéndole sentir la potencia de sus formidables músculos.

—Ven conmigo, loco... Tu hijo está vivo.

Atusi se dejó arrastrar hacia un coche en el que montó su acompañante, después de invitarle a hacerlo en la parte delantera, poniéndolo rápidamente en velocísima marcha.

Minutos después se detenían ante la sección de embalaje del uranio, un hermoso edificio situado en las afueras de la ciudad.

—Ven conmigo, Atusi —le dijo el otro.

Y el joven le siguió mansamente.

Una vez dentro, Namura se hizo conducir, tras demostrar su identidad, a la sala donde se almacenaban los paquetes embalados.

Y dirigiéndose al jefe de aquella sección, preguntó:

—¿No ha venido Uchino a hacer un paquete por orden del director?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Allí. Es el paquete 20954. Está destinado a un cliente especial de Tokio, al que antes le enviábamos muchos más. Pero ya hacía tiempo que no le servíamos.

—Traiga ese paquete.

—Bien.

Namura hizo que lo colocasen sobre la mesa.

—Ábralo —ordenó—, pero con muchísimo cuidado.

El otro obedeció.

Después de quitar el embalaje, descubrieron una caja semejante a la que servía para cargar uranio. El empleado estaba vestido con un traje especial y miró a los otros dos.

—Retírense un poco —dijo—. Es a causa de la radiación, aunque el uranio elaborado tiene menos que el de la mina.

Iko y Atusi obedecieron.

Pero al abrir el depósito, que lógicamente debía estar lleno de uranio, el empleado dio un grito.

—¡Dios mío! ¡Aquí hay un niño!

Nadie pudo detener a Atusi, ni a Namura, que se precipitaron hacia la mesa.

El empleado no se había equivocado.

El interior de la caja estaba dispuesto ingeniosamente, conteniendo una bolsa de plástico en cuyo interior, entre capas de espuma, había un bebé. Un aparato de oxígeno y de eliminación de carbónico, de gran duración, debido a la pequeña capacidad respiratoria del recién nacido, garantizaba la vida de éste durante el viaje.

Iko abrió la bolsa, sacando al niño. Y volviéndose al empleado, exclamó:

—¡Una manta, rápido! ¡Por favor!

Envolvió al niño y se lo tendió a Atusi.

—Aquí tienes a tu hijo, amigo. Coge un taxi y ve a recoger a tu esposa al hospital. Ya sabréis, más tarde, lo que ha ocurrido. Pero, por ahora, no digas nada y regresa a la Colonia afirmando que los niños de los mineros japoneses tienen que nacer, como todos los niños del mundo, vivos.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias!

* * *

Después de ordenar a los del almacén, bajo pena de procesamiento y prisión, que no comunicasen nada de lo ocurrido, Iko salió del edificio. Antes de poner el coche en marcha encendió un cigarrillo.

Recordaba la expresión de júbilo de Atusi y una sonrisa de comprensión afloró a sus labios.

Pero casi enseguida contrajo el rostro, frunciendo el ceño y cerrando los puños al pensar en el último «acto» que faltaba representar.

Puso en marcha el vehículo.

No tardó mucho, mientras subía por Central Avenue, en ver el alto y flamante edificio de la VUC, ante el que se detuvo.

Sin preguntar a nadie, tomó uno de los ascensores, para detenerse en el

piso donde se encontraba la dirección. Y sin hacer caso de las observaciones de las secretarías, penetró decididamente en el despacho del director. En el preciso instante en que Bruce y Uchino se estrechaban la mano.

Cerró la puerta de golpe, haciendo que los dos hombres se volviesen para mirarle, con la misma luz interrogativa en los ojos.

—¿Contentos, eh? —dijo, avanzando hacia ellos—. Da gusto ver la satisfacción que había en ese apretón de manos.

—¿Quién es usted? —inquirió Elwoord—. ¿Cómo ha entrado aquí sin pedir permiso?

Iko sonrió.

—¿Desde cuándo tiene la Justicia que pedir permiso para entrar?

—¿La justicia?

Y «Cuello de Toro», con un gesto de odio, aclaró:

—Es un tipo de la SIP, señor director. El que se metió en la mina...

—Debí habérmelo imaginado —sonrió—. Bueno, en ese caso, podemos perdonarle el haber entrado sin permiso. Siéntese y díganos lo que desea, señor. La VUC entera está a su disposición.

—Gracias, pero prefiero seguir de pie.

—Como quiera. ¿Cuál es el motivo de su visita y en qué podemos servirle?

—Vengo del almacén. Acabo de devolver a Atusi su hijo, que ya está empaquetado.

Bruce palideció.

Pero demostrando una sangre fría formidable, dijo:

—No sé de lo que, me está hablando, señor...

—Me llamo Namura. Iko Namura. Y soy, en efecto, como ha dicho Uchino, un agente de la Spacial International Police.

—Muy bien. Le digo, de nuevo, que no entiendo nada. Si quisiera explicarse mejor...

—Con mucho gusto: Vamos a empezar por el principio, aunque hay algunas lagunas aún. Había un hombre ambicioso, un médico de Los Ángeles llamado Elwoord Bruce. Se casó con una compañera de estudios llamada Mary Wideman, que se convirtió, naturalmente, en la señora Bruce.

«Más tarde, se trasladaron a Venus, aquí, a la City, pero ya no aparecieron como esposos, sino como novios. El señor Elwoord había logrado, entretanto, formar parte del Consejo de la VUC. ¿No le parece interesante?

—Muchísimo.

—Bien. Voy a seguir. El señor Bruce tenía sus planes, un tanto maquiavélicos, a decir verdad. Y se dijo que podía explotar el miedo de la gente a la radiactividad. Se habían tomado, no obstante, todas las medidas por los rayos gamma. Pero el señor Bruce era muy ingenioso y puso en marcha su plan, empezando por crear un Hospital, en la City, para las madres japonesas que esperaban niños. Jugó con habilidad, ya que sabía que los japoneses, desde aquella desdichada fecha de 1945, el siglo pasado, no han perdido su

miedo a seguir llevando latentes los resultados funestos de las bombas de Hiroshima y Nagasaki.

»No era cosa fácil hacer creer a los mineros que eran una raza especialmente sensible a las radiaciones. Bruce, en colaboración con su esposa, se hicieron con los cadáveres de unos pequeños japoneses, conservándolos cuidadosamente en una cámara especial y secreta del Hospital. Eran esos cuerpos los que se mostraban a los padres y a las madres, desesperados ambos por su fracaso.

—¿Y los niños vivos?

—Voy a contestar a una pregunta cuya respuesta usted conoce mejor que yo. Los niños eran conducidos, en secreto, a un departamento de embalaje donde Uchino, aquí presente, los metía en unos paquetes especiales, que estaban dotados de todo lo necesario para que el niño llegase vivo a la Tierra.

«Pero había un control de radiactividad, dependiente de algo que no podía controlar el señor Bruce y sus cómplices. En efecto, la VUC analizaba, con un contador Geiger, cada paquete, antes de enviarlo. Se garantizaba así que la radiación era mínima y no peligrosa para los que debían manipular los paquetes.

«Sin embargo, los paquetes que contenían al niño corrían el peligro de ser descubiertos, ya que el contador Geiger no hubiera reaccionado ante ellos. Por eso, el recién nacido iba rodeado de una cápsula de plomo que contenía un poco de uranio, lo suficiente para que pasase el control de radiación.

»Y eso fue lo fatal. Ya que un niño, uno de los tres mil doscientos treinta y seis enviados en estos cinco últimos años, sufrió lesiones al desgarrarse la cubierta que le protegía. Un médico de Tokio, al que fue presentado el niño, que ya tenía dos años, se extrañó de aquello que, científicamente, no tenía explicación. Y así se desmoronó el plan más diabólico que se haya forjado jamás.

«Los niños iban a cierto Instituto de Belleza, al que acudían damas de la alta sociedad. Muchas de ellas carecían de hijos, y estaban dispuestas a pagar lo que fuera por tener uno. Hubo quien pagó hasta medio millón de créditos. Pero el beneficio obtenido por esos tres millares y pico de niños puede calcularse, sin exageración, como colosal.

»¿Qué le parece, Elwoord Bruce?

El hombre estaba blanco como el papel. Tenía las manos agarrotadas sobre el borde de la mesa.

Y fue entonces cuando, con una expresión de odio irreprimible, exclamó:

—¡Mátalo, Uchino! ¡Mátalo!

«Cuello de Toro» se lanzó, como una exhalación, sobre el agente.

Pero Iko no había estado desprevenido un solo momento. En realidad, esperaba algo semejante. Así, cuando Uchino se precipitó sobre él, se hizo a un lado, descargando en el cuello de su adversario un golpe con el canto de su mano izquierda, en el que puso toda su fuerza y toda su rabia.

El golpe sonó terriblemente, oyéndose el ruido que hacían las vértebras cervicales de Uchino, al romperse.

«Cuello de Toro» cayó al suelo, se estremeció un par de veces y terminó por quedar inmóvil.

Entonces, Iko se adelantó hacia la mesa.

—¿Has visto lo que son capaces de hacer mis manos, canalla? —inquirió.

Y descargó un golpe terrible sobre la mesa, partiéndola por la mitad.

—¡Y ahora te toca a ti, bandido!

—¡No! ¡No me toque con esas manos!

—Lo haría con el mayor placer del mundo. Pero si estás dispuesto a contestar ciertas preguntas.

—¡Contestaré lo que sea!

—Bien. ¿Por qué ordenaste que matasen a Mary?

—No tenía más remedio.

—¿Quién lo hizo?

—Uchino y Sahita.

—Lo suponía. ¿Quién condujo al raptor a la mina?

—Yo fui con Sahita.

—¿Por qué la mataste?

—Mary sabía lo de los niños, pero yo la había convencido de que obraba por humanidad. Le dije que los niños de los mineros terminarían siendo afectados por la radiactividad y que, al enviarlos al seno de las familias acomodadas del Japón, les dábamos la probabilidad de una vida que jamás tendrían aquí.

—¡Muy ingenioso!

—Pero ella supo la verdad y me dijo que estaba dispuesta a denunciarme. No sé si lo hubiera hecho. Pero cuando supe que iba con usted hacia la mina, pensé que ya le había hablado de todo.

El agente preguntó:

—¿Quién iba en el helicóptero?

—Tres asesinos que contraté. Pero fallaron. Pagué el viaje a los dos que quedaron con vida para que regresasen a la Tierra.

Hubo una pausa.

Luego, Iko preguntó:

—¿Y por qué se hicieron pasar por novios cuando vinieron aquí?

—Porque la VUC había establecido dos plazas en el Consejo de la Compañía, a condición de que fuesen solteros los aspirantes. Pensamos, Mary y yo, que la cosa iba a ser divertida, ya que podríamos casarnos de nuevo ante los ojos de los demás.

Namura se acercó más a él.

—¿Sabes que yo estaba enamorado de ella?

—No.

—Yo supe, sin saber por qué, que Mary era inocente y que alguien estaba jugando con sus sentimientos. Aunque jamás debió aceptar lo que tú le decías.

—Estaba convencida de que obraba bien, en bien de los niños de los mineros.

—Pero debía comprender que es un horrible pecado el arrancar a un niño de los brazos de su madre... aunque sea para evitarle un peligro. Al menos sin el consentimiento de aquella. Hubiera tenido que contestar a muchas preguntas de un tribunal y hubiese acabado en la cárcel.

Bruce no dijo nada.

—Ahora comprendo —siguió hablando Iko— todo el manejo que te traías con los mineros. Uchino fue el que llevó a la práctica los proyectos. Y tú sabías que terminarías provocando la dimisión de Carter, enloquecido de horror por el rapto de su hijo. Luego estabas seguro de que los mineros se calmarían, porque terminado el tráfico inhumano de niños, podías dar tu palabra de que nunca moriría otro recién nacido japonés.

«Pero la ambición te cegó. Yo sabía, cuando hablé con aquel gusano que tienes en el Instituto de Belleza de la Tierra, que un millón de créditos iba a ser suficiente para darme las pruebas que necesitaba. Así, nada más llegar a Venus, seguí a Uchino, seguro de que ibas a emplear sus buenos servicios...

Sacó unos esposas, colocándoselas a Bruce.

Dijo:

—Vamos, Elwoord... La aventura termina aquí y sólo falta un epílogo para que caiga el telón. Detendremos a Sahita y buscaremos a los bandidos de Los Ángeles que contrataste. Pero recorrerás tu camino solo... hasta la puerta de la Cámara Electrónica. Una vez la hayas cruzado, habrás pagado tu culpa ante la justicia humana...



COLECCIÓN S. I. P.
ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- 35.— Con el agua al cuello.— Alan Star
- 36.— Contrato fatal.— Alan Comet
- 37.— Muerte a distancia.— Alan Star
- 38.— El horror verde.— Johnny Garland
- 39.— ¡Muerte fosforescente!— Johnny Garland
- 40.— Garras invisibles.— W. Sampas
- 41.— Cráneo de plata.— Johnny Garland
- 42.— Rejas de arena.— Alan Star
- 43.— El signo de la momia.— Johnny Garland
- 44.— Fuego mortal.— W. Sampas
- 45.— Policía podrida.— Alan Star
- 46.— El planeta negro— Johnny Garland
- 47.— ¡Llega el Ku-Klux-Klan!— Alan Star
- 48.— La plaga azul.— Johnny Garland
- 49.— Agente femenino.— W. Sampas
- 50.— Cadáver en el espacio.— Johnny Garland
- 51.— La banda de los nictálopes.— W. Sampas
- 52.— ¡Callowan culpable!— Alan Star
- 53.— ¡S.I.P. contra la ley!— Johnny Garland
- 54.— Un gangster en la S.I.P.— Alan Star
- 55.— Tela de araña.— W. Sampas
- 56.— Trampa para caballeros.— Alan Star
- 57.— ¡S.O.S., Tierra! — Johnny Garland
- 58.— Tráfico inhumano.— Alan Star

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¿Quién movía en la sombra los hilos de las bandas juveniles? Tuvieron que nacer los "Space Boys" para luchar contra sus compañeros.

«SPACE BOYS»

W. SAMPAS, el autor de esta intrigante novela, conduce al lector de sorpresa en sorpresa.

S.I.P. SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

**EDICIONES
TORAY, S.A.**

En Argentina: 9 pesos

Notes

[←1]

Iko Namura, el formidable agente de la SIP, es conocido ya por nuestros lectores, que admiraron su fuerza y la potencia de sus manos de acero, en uno de los más emocionantes relatos publicados en esta colección. ¿Ha leído usted «TOGO, CIUDAD PODRIDA»? Si no lo ha hecho, adquiérala y pasará unos momentos de emoción, en medio de un ambiente en el que el suspense, es ley de cada página. (Nota del Editor.)